MUJERES EN PAGINA/12 VIERNES 30 NOVIEMBRE 2001 AÑO 4 Nº 190

LAS/12

Recordando a Judy Garland
Penélope Cruz, bien mirada
Callate y seguí pujando



POPSTARS *polvo de estrellas*





estrellita

POR MARTA DILLON

Desde afuera, las puertas de vidrio del shopping Abasto parecen la instalación de algún artista empeñado en mostrar el hacinamiento urbano. Como si hubieran perdido volumen, cientos de cuerpos se estampan sobre el vidrio en un revoltijo que para algún nostálgico podría remedar aquel éxito de Silvio Rodríguez, "La maza" (¿o la masa?), sólo que aquí no se trata de carne con madera sino de carne con algún producto textil para cubrirla y mucho de brillantina para hacerla lucir. Algo está pasando allí dentro, y querer averiguarlo parece una aventura peligrosa. Intentar abrir una de esas puertas implica forzar todavía más el amontonamiento, como una piedra en el agua ese mínimo movimiento parece afectar a toda la marea humana que además de exudar calor produce un sonido similar al de una uña sobre un pizarrón. Es el chillido constante de más de tres mil personas, la mayoría niñas que no han cumplido los 14 y que lloran y se desgañitan por razones que incluso ellas desconocen. Saben, sí, que cualquier sacrificio es menor si el premio es conseguir un autógrafo de las estrellas más recientes del firmamento pop. Y ésa es la promesa anunciada en la pantalla de Azul TV o de Disney Channel, por esas señales se transmite "Popstars", en versión compacta o ampliada, el reality show destinado a cumplir el sueño más taquillero de las adolescentes: ser famosas. Pero las cinco elegidas entre más de dos mil quinientas que asistieron al primer casting convocado en el estadio del club Ferrocarril Oeste no podrán cumplir con su tarea. El público ha desbordado las expectativas más optimistas y el vaivén de cuerpos amenaza con terminar en tragedia. En su desesperación por estar cerca del escenario las niñas que fueron allí para ver a las cinco elegidas, Ivonne, Virginia, Lourdes, Lissa y Valeria, se golpean unas a otras, se empujan, se atropellan, se caen y se levantan. Ni siquiera desde el mangrullo montado para el equipo de sonido se puede distinguir el escenario, está colmado de audaces que treparon hasta allí en busca de un lugar para gritar más y mejor. Las chicas ya están en el escenario, pero el chillido sin fin no las deja escuchar las pistas sobre las que deberían cantar. Entonces interviene Magalí Bachor, una cantante de coros que integró el jurado que eligió a las privilegiadas y la responsable del entrenamiento de las voces del recién formado grupo Bandana. "Les pido por favor que se tranquilicen, si no, no podemos hacer el show", pide y se sorprende: "Allí hay una chica desmayada, no, son cuatro, bueno están ahí, a ver si la seguridad puede hacer algo". Y sobre el número no determinado de chicas desmayadas las Bandana finalmente cantarán los hits de su flamante cd, también Bandana, el producto del producto –el grupo musical–, del producto –el programa de televisión–, que apenas salió a la calle se convirtió en disco de oro, y a una semana está a punto de obtener el galardón de platino. Un nuevo triunfo de los cerebros del marketing que en su versión local no tuvieron que pensar demasiado. Como el resto de los reality shows, éste también es clon de experiencias bien probadas en el primer mundo. Italia, Gran Bretaña y Australia ya parieron su grupo de Popstars y aunque breve como un parpadeo, la criatura siempre trajo un éxito arrollador debajo del brazo.

¿Te gusta la música que hacen? "Más o menos, a mí me gusta la cumbia" ¿Y qué es lo que te gusta de Bandana? "No sé, ellas, su personalidad, cómo son, son de verdad, a mí también me gustaría ser una estrella". Priscilla llegó desde El Palomar al Abasto en colectivo, con dos amigas del barrio con las que también se junta para imitar los pasos de las coreografías que se enseñaban por televisión a las aspirantes a Popstars. Tiene los dientes amarrados por la ortodoncia, 13 recién cumplidos y el cuerpo empapado por la transpiración. No aguantaba hasta la fecha de los shows que desde esta misma noche las Bandana darán en el Gran Rex, el teatro destinado para los grandes éxitos musicales. Quería verlas antes, ella y sus amigas querían verlas antes para poder contar en el barrio que estuvieron allí y cómo son en vivo y en directo las chicas que conocen por la televisión. Nunca formaron parte de ningún club de fans, nunca sintieron ese deseo imperativo de conocer a ningún otro artista. Pero esta vez hay algo diferente, ellas podrían estar en el lugar de las Bandana, "porque la oportunidad se les dio a todas las chicas argentinas, nosotras no llegamos porque no nos daba la edad, pero en una de ésas..." Entonces Priscilla quiere compartir la magia del sueño cumplido, una suerte de sorpresa y media a gran escala que premió el esfuerzo y las aptitudes naturales de cinco chicas como cualquier otra. La fascinación está puesta en esa verdad expuesta, "una convención en la que los chicos creen y por eso lo siguen, lo que perciben más que nada, a partir de esa intromisión que propone la televisión de la cocina del armado de una estrella se accede a un mundo que está vedado para la gente común. Funciona la identificación y la rivalidad, para ver hasta donde llegan las chicas elegidas, dos componentes fundamentales de la adolescencia", dice Eva Tabakian, psicoanalista especialista en niños y adolescentes. "¿Vos sos periodista? –pregunta Priscilla–. ¿Sabés si van a hacer otro, si van a elegir más chicas? Porque ahora ya cumplí los trece".



DANIEL JAYO

mía

"Popstars" comenzó, hace unos meses, con un megacasting en Ferro al que asistieron miles de púberes y adolescentes con ansias de ser famosas. El reality show más productivo de plaza dio a luz a Bandana, un grupo de chicas entrenadas para un éxito asegurado de antemano: vendieron tres Gran Rex antes de elegir al grupo definitivo. El fenómeno cae de lleno en un pliegue del mercado en el que la necesidad de identificación se mezcla con la esperanza de salvarse mágicamente, tocado por la varita de un productor.

"Hacemos terapia grupal para poder enfrentar lo que se viene, en especial el tema de la fama de que somos un producto expuesto", dice Virginia, la rubia del grupo, estudiante de la Universidad del Salvador y vecina del barrio de Belgrano. Y en apariencia el problema no es ser un producto sino la exposición. Ellas, las elegidas, eran materia prima antes de ingresar en su nuevo mundo de brillitos y colores estridentes, el producto se fue moldeando a lo largo de cuatro meses de intenso trabajo del que las Bandana están orgullosas. "Trabajamos muy duro, yo no estoy acostumbrada a que me controlen y acá me dicen todo lo que tengo que hacer". Valeria Gastaldi, hija del Gastaldi yerno de Mirtha Legrand, no se sorprende por el lujo de la casa en la que viven como parte del reality show del que es una de las protagonistas, pero en el control ve perdidos algunos de sus privilegios de clase. Que no influyó para nada en que la hayan elegido, a ella le cupo el zapatito de *Cenicienta* como a sus compañeras y está dispuesta a pagar el precio de su suerte. "Hay una identidad en ser producto, no le pueden ver ninguna contra a eso porque están obnubiladas por el beneficio, esto de saltar a la fama abruptamente –opina Analía Kornblit, psicóloga y socióloga, investigadora del instituto Gino Germani–. Antes los sueños de las púberes y las adolescentes pasaban por la realización del romance, una aspiración individual que se trocó por un fenómeno plural y masivo, ser un producto estereotipado para el consumo de grandes masas". Aun cuando la elección final tuvo cuidado en buscar cierta diversidad políticamente correcta -hasta último momento participó Daniela, "la gordita del grupo", aunque la corrección no alcanzó para incluirla–, la estética elegida para el grupo las uniforma de género pop. Además de Valeria y Virginia, las "más fashion", según la calificación que la revista *Popstars* les otorgó, forman parte de Bandana Lourdes, "la más rockera" y Lissa, la del look "rapero", e Ivonne, la colombiana, como representante de la nueva ola de inmigrantes en la Argentina. A Lissa y Lourdes el cambio de imagen a que se vieron obligadas no termina de causarles gracia, deberán dejar los pantalones demasiado grandes, las camperas de cuero, aprender a caminar sobre altas plataformas y elegir su vestuario –siempre que lo apruebe la vestuarista- entre las cinco marcas de ropa que auspician su nacimiento como estrellas pop. "A veces Lissa tarda en producirse y cuando la vemos tenemos que cambiarla entera", se queja Natalia, una de las maquilladoras, "es que no quiere que le cambien la personalidad", agrega. Pero Lissa asume: "Ahora ya no soy yo, somos nosotras".

"Gustavo Yankelevich: gracias por ofrecer esta gran oportunidad en Argentina para las 2700 que fuimos a Ferro, y por transmitir el sentimiento de un fuerte sueño. hasta siempre (y que así sea...). Vale".

"Gracias Gustavo y, por tanto, por todo, sin vos nada de esto sería posible", Lourdes.

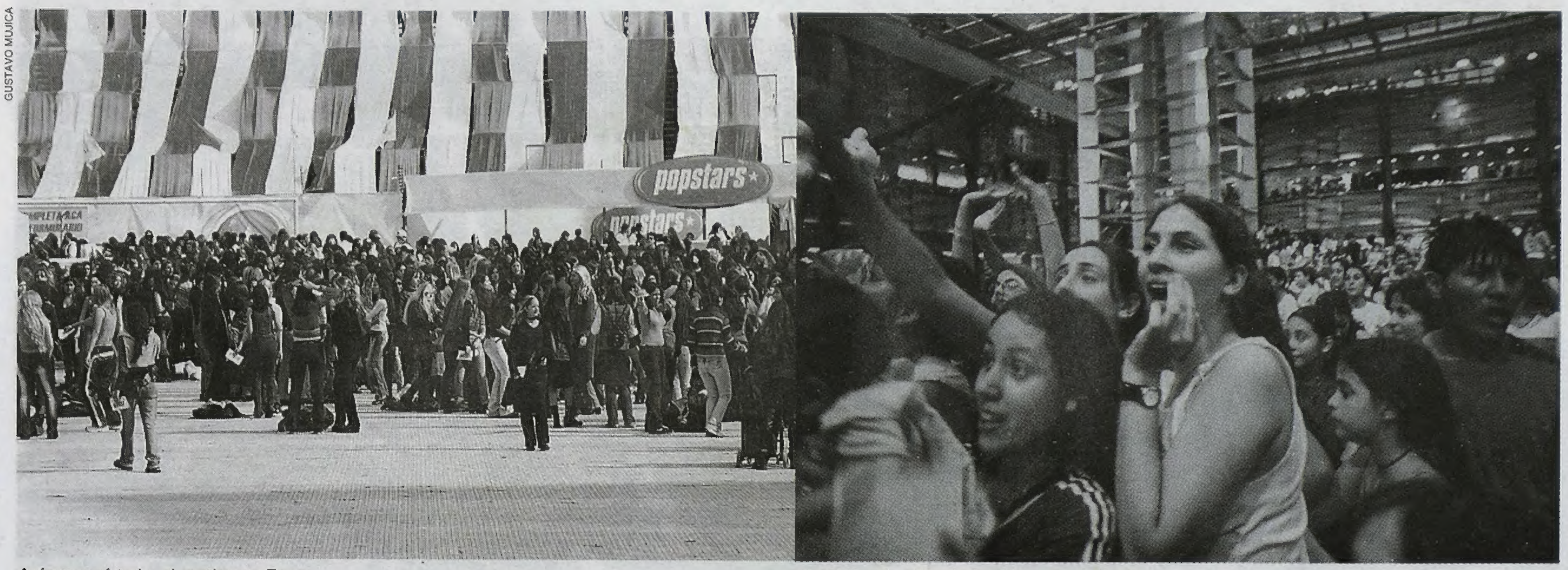
"Gracias Gustavo por dejarme ser parte de tus desafíos. (...)", Virginia.

Si en el universo de la fama ellas son las supernovas, Gustavo Yankelevich, quien compró los derechos internacionales de Popstars para su productora, es el dios omnipresente. Ninguna de las chicas se olvidó de él cuando tuvieron que escribir los agradecimientos que se imprimieron junto con las letras de las canciones en el cd de Bandana. El lo hizo posible, él puso el dinero necesario para hacerlo posible y se lo venera como a un demiurgo. Ni los que compusieron las canciones, quienes les enseñaron a cantar o bailar, quienes las contuvieron y quienes ahora las representan en el mundo del espectáculo tienen la misma dimensión que papá Yankelevich. El resto son "maestros", "ángeles sin alas", "custodios de estrellas", pero las jerarquías están claras, ninguno de ellos existiría sin "la producción", una figura tan poderosa para ellas como esa voz que escuchaba Truman del otro lado de su cielo de mampostería cuando descubría que él no era él sino un producto para televisión. Claro que aquí no hay conflicto alguno, no hay nada que cuestionar, sólo decir gracias, gracias por dejarlas participar de este nuevo y maravilloso mundo en el que esperan permanecer "por siempre".

Malena llora sentada en el piso cuando en el Abasto no queda más que el vapor del sudor humedeciendo el aire. No consiguió su autógrafo, ni siquiera el que firmaban las madres de las elegidas en nombre de sus hijas. Cuarenta y cinco minutos estuvieron las señoras ocupadas en esta tarea y sin embargo Malena volverá a casa sin nada que mostrar, más que ese pisotón que le dejó los dedos colorados y todavía la hace protestar de dolor. Todavía no cumplió los diez y en su pecho apenas se insinúan dos picaduras de mosquito en el lugar de los pezones, pero lleva una remera minúscula y escotada, por debajo de ella y por encima de la mínima minifalda se asoma una redonda pancita infantil. El día de la presentación de Popstars no es su día, tampoco dio con la presidenta del club de fans de Bandana, su última ilusión de contacto con el más allá de las estrellas. La suya es la edad promedio de los y las admiradoras de las "Popstars" y cuenta los días que le faltan para ser lo suficientemente mayor como para merecer una oportunidad. Podría cantar y bailar como las chicas que estuvieron en el escenario, de hecho conoce cada movimiento y loscopia con su versión de la sensualidad. No es que sea pre-

¿Te gusta la música que hacen? "Más o menos, a mí me gusta la cumbia" ¿Y qué es lo que te gusta de Bandana? "No sé, ellas, su personalidad, cómo son, son de verdad, a mí también me gustaría ser una estrella." Priscilla llegó desde El Palomar al Abasto en colectivo, con dos amigas del barrio.

GUSTAVO MUJICA



Así empezó todo: el casting en Ferro

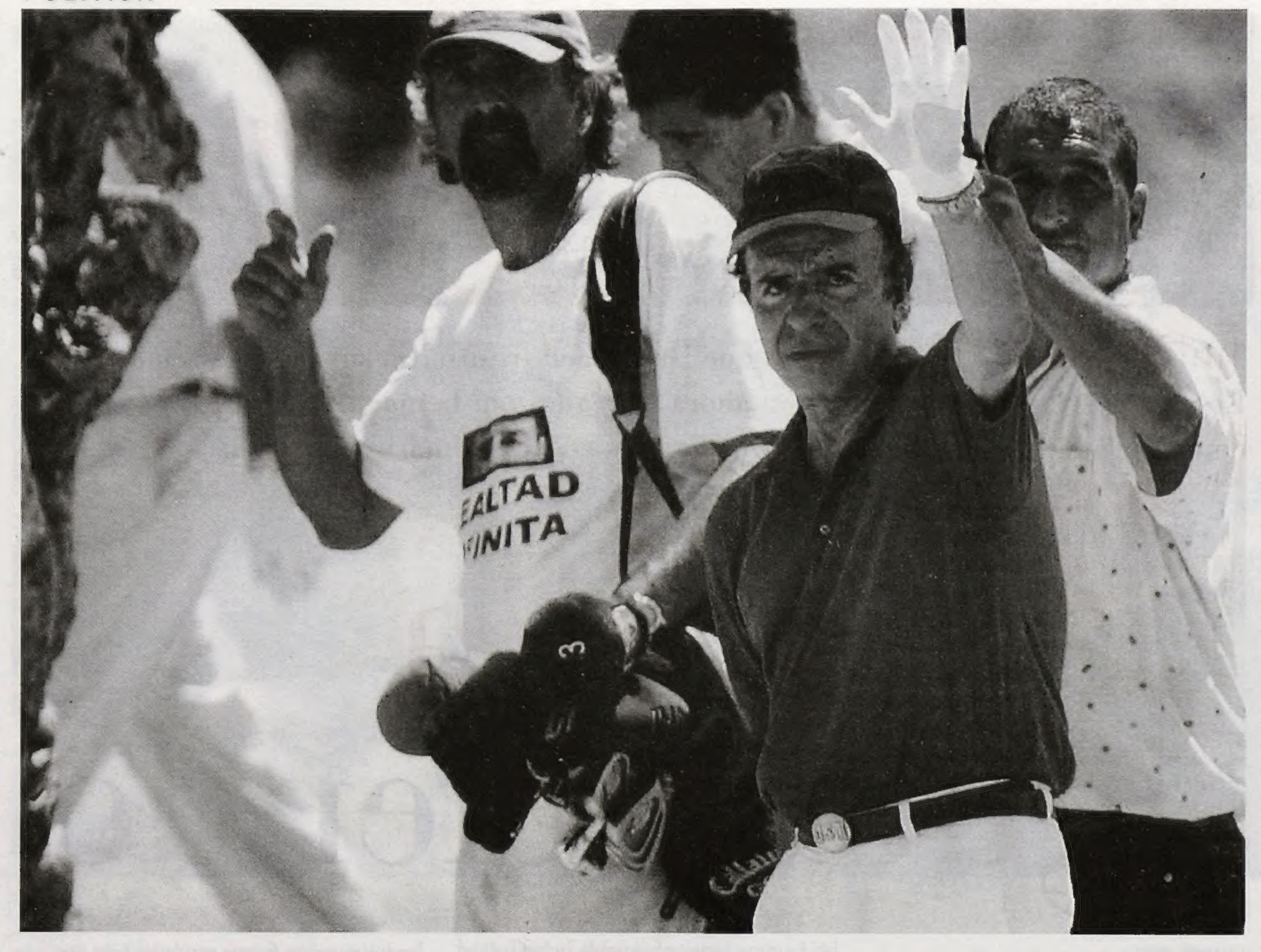
Y así siguió: miles de fanáticas en el Abasto

coz, al menos no más precoz que sus compañeras de cuarto grado. "Es que la cultura de pares en los niños está promovida desde muy temprano. Los padres están inmersos en la lucha por la supervivencia y hay un espacio menor para las experiencias compartidas con los niños –dice Kornblit–. Esto acelera la búsqueda de satisfacciones, placeres, sensaciones fuera del ámbito familiar y se despierta el interés por lo erótico en edades más precoces. Además hay menos tabúes en ese sentido y una permisividad mayor alentada por el mercado, ya que una socialización erotizada desde lo institucional puede tener interés comercial, como sucede con las discotecas que han incorporado una franja de público entre los diez y los quince años en sus matinés que antes no existía". El canal Disney, una marca registrada del consumo infantil, evidentemente se ha puesto a tono con los tiempos y alterna los dibujos animados con los movimientos sensuales de las estrellas pop y ahora es uno de los auspiciantes del evento "Popstars".

En las contorsiones y convulsiones que ocasiona la presencia de los ídolos de los púberes y adolescentes también se puede ver el ensayo de acciones futuras que por ahora es necesario aplazar, en algún caso o que se decide aplazar, en otros, cuando comprobar puede ser sinónimo de frustración. "El ansia por estar presentes y acompañar a quienes adoran tiene un motor sexualmente regulado, que esconde un conformismo disfrazado de ímpetu arrollador –escribió la investigadora Eva Giberti en relación a las fans–. Lo cual es bastante más complejo que el calificativo de histéricas con que se las define. Las fans ganaron espacios urbanos y crearon un estilo de tilinguería exasperada que caracteriza sus apariciones. ¿Estarán habilitadas para producir otras cosas?".

Lissa, ya lo dijimos, es una chica difícil dentro del círculo mágico de Bandana, las Popstars. Tanto que en la revista dedicada a ellas le dedicaron una página a su "diccionario", para explicar expresiones como "a los gomazos", "tomate el palo", "nos cortaron el mambo" (traducido como "nos encarrilaron en la senda correcta"). Es que ella es de "Sanjustolandia", como le gusta decir, o San Justo a secas. "Es de un barrio humilde", dice Ileana, madre de Virginia, la rubia. Y cuenta una anécdota que daría cuenta de cómo chicas tan "distintas, como el agua y el aceite formaron una base sólida". Resulta que la combi que las pasa a buscar para volver a la casa en la que viven mientras son estrellas –los fines de semana son para la familia– recogió primero a Virginia y más tarde a Lissa. Estaba en una capilla "muy sencilla", tocando la guitarra para un grupo de chicos del barrio. "Y la gorda entró, la vio ahí y le dio un abrazo muy fuerte. 'No sabés mami', me decía, 'fue la primera vez que sentí que ya no me trataban tanto como a una cheta, que me aceptaba". Ileana se conmueve, frente al éxito que está cosechando su hija se siente arrepentida, en deuda, por no haber vislumbrado sus capacidades artísticas, por haberle exigido antes que nada un título. También la mamá de Lourdes quiere aliviarse del peso que arrastra por no haber comprendido las aspiraciones de su retoño. Y elige para las disculpas la pantalla de Azul TV, con 18 puntos de rating. "Yo tengo que pedirle perdón porque antes la criticaba mucho por la forma en que se vestía, por los aros que usaba, por la forma en que hablaba. Me doy cuenta que no la aceptaba y la eligieron precisamente por esa personalidad particular", dice visiblemente emocionada para su hija que la mira por tv, dentro de la tv. Con su vestimenta de popstars se ven homogeneizadas, con el pelo planchado y sin pearcing, pero como gusta decir el productor artístico, Afo Verde, promotor de éxitos como el de Natalia Oreiro, "las chicas son ingobernables", al menos cuando tienen un micrófono en la mano, como aquel día en el Abasto. Sin guión aparecen esos matices que a los ojos de sus admiradores y admiradoras las hacen aparecer como de verdad y acercan la ilusión de que cualquiera, con los recursos necesarios, puede convertirse en una estrella. Cualquiera sabe que si se planta una semilla de maíz un tiempo más tarde crecerá una mazorca, que sólo los perales dan peras y que a la semilla del rosal, tarde o temprano seguirán las rosas. Después de varias experiencias en el mundo ahora también se sabe que de un casting abierto y masivo, después de una rigurosa selección grabada para la televisión y con la adecuada y necesaria promoción de canciones y productos asociados por otros medios electrónicos o gráficos, puede salir un grupo pop destinado al público entre púber y adolescente de éxito significativo. Esta franja etaria que está construyendo su identidad es destinataria privilegiada del mercado, consumen cuando todavía no tienen noción –hablamos de quienes tienen posibilidades de consumir, cada vez menos en nuestro país– de lo que significa ganarse la vida. "En esa etapa de la vida el consumo les da seguridad. Si tienen la ropa, los discos, los accesorios adecuados les permite reconocerse entre sí y como distintos a otros. Además todavía no conocen la urgencia social, suelen tener un dinero asignado y lo mueven con una libertad que el adulto no tiene", opina Eva Tabakian. Esto está suficientemente probado, no en vano el mayor signo de la globalización es la cadena de comida McDonald's, destinada a las posibilidades de consumo adolescente, igual que otras marcas de zapatillas o jeans que hacen las delicias de los jóvenes más allá de las fronteras territoriales. Aun cuando los productores artísticos se empeñen en hablar de las particularidades de las chicas elegidas, en sus características personales y en su talento, las coreografías y las canciones parecen un lindo mix de los últimos éxitos pop encarnados también por casi adolescentes como Britney Spears, los Backstreet Boys, y otros tantos grupos convocados también por casting e interpretes de canciones nacidas para triunfar. A Bandana como a otros grupos nacidos del programa "Popstars" en otras geografías las distingue que el gran público vio el antes y el después de ser una estrella. Y que acercan esa ilusión dorada de pensar que si cualquiera atraviesa por la marea de personal trainers, maestros de música, de baile, maquilladores, vestuaristas y productores, cualquiera podría estar en su lugar. Sólo hace falta un toque de "la mano de Dios", como dijo una de las elegidas, Valeria. Es una ilusión bastante común, hay que reconocerlo ¿cuántas mujeres adultas pensamos alguna vez que de tener los recursos para intervenir el cuerpo, pagar las clases de gimnasio, los masajes y etc. no seríamos también diosas esculturales? Todo parece posible con un toque de suerte, o de un productor. Incluso vender seis funciones completas de un show que nadie vio antes en el peor momento económico del país. Como dice Lissa, orgullosa de haber salido del barro, "ahora lo que haría falta es que esta misma oportunidad la tuvieran otros, pero no para cantantes, sino abogados, arquitectos, ingenieros, obreros". En su imaginario lo que quita la desocupación podría darlo el casting.

FOTO DE TAPA: DANIEL JAYO



EL FALLO

POR MIRTA MANTARAS *

Los comienzos del año 1995 desnudaron la corrupción existente, con efectos más preocupantes para el poder porque quedó empañada la imagen en el exterior: Perú había denunciado que desde la Argentina llegaban armas a Ecuador, con quien sostenía un conflicto bélico, acto lesivo para las relaciones internacionales pues nuestro país era **garante de la paz** en la región en virtud del Protocolo de Río de Janeiro.

Los envíos ilegales de armas también tuvieron como destino Croacia, lugar donde estaba apostado un batallón argentino que formaba parte de las **misiones de paz** y participaba, en consecuencia, del embargo de armas decretada por la ONU.

Lo primero que hizo el gobierno fue echar la culpa hacia afuera, señalando que la venta se había efectuado a Venezuela, lo que fue totalmente desmentido por el canciller de ese país. Se elaboró entonces la teoría de la "triangulación", consistente en que inescrupulosos traficantes de armas engañaron a nuestros gobernantes para desviarlas hacia terceros países. Pero resultaba difícil parar el escándalo por esta vía, ya que informes nacionales daban cuenta de que la empresa norteamericana que salió con el embarque iba directamente a Guayaquil.

La cuestión no tuvo salida cuando se hizo público el facsímil del decreto firmado por el presidente y sus ministros, que demostraba la simulación, pues figuraban como destinatarios Venezuela y Panamá, países que nunca solicitaron ni recibieron armamentos. Los autores de la maniobra quedaron al descubierto, con nombres y apellidos, y lo dejaron por escrito. La documental es la prueba de las pruebas.

El encubrimiento del delito llegó, según vehementes sospechas, hasta la voladura de la fábrica militar de Río Tercero. Se descubrió que en ese lugar se acopiaban las armas colectadas de las distintas unidades del país. Allí se les raspaba la identificación, se imprimía otra y se las preparaba para su envío. Como había apuro, muchas salieron sin el maquillaje. Fusiles con el escudo del ejército en manos de los croatas fue lo que motivó el justificado pánico de los soldados argentinos en misión de paz en los Balcanes.

Se promovió el juicio por asociación ilícita, figura que requiere la existencia de más de tres personas reunidas para cometer delitos indeterminados. El público conocía la existencia de la asociación ilícita por inferencia simple: las privatizaciones con sus "coimas", los escándalos bancarios con sus "coimas", el desvío de dineros públicos, la participación de las mismas personas en los negociados, el enriquecimiento de los funcionarios y amigos merced al sufrimiento de los perjudicados de siempre: los ciudadanos, que no pudieron levantar cabeza desde el paso feroz de la dictadura militar.

Estaban, pues, todos los componentes del delito: los autores, la acción antijurídica y el perjuicio. Así fue como pudo dictarse la prisión preventiva de Menem, su cuñado Yoma y los demás partícipes conocidos. Parecía que en medio del descreimiento social y el saqueo de los recursos a los más desvalidos, era posible un poco de justicia.

La Corte Suprema, nuestro máximo tribunal en derecho, puso las cosas en el lugar: dice que los decretos del Poder Ejecutivo (actos jurídicos del poder público) no prueban nada a nadie, pues son órdenes, las que siempre son inobjetables y nunca tienen contenido delictivo. Es lo mismo que dijeron los tribunales militares con respecto a la guerra sucia contra la sociedad argentina cuando se les propuso que juzgaran a sus pares: concluyeron que no había delito y que las víctimas-testigos se concertaron para mentir y desprestigiar a los gobernantes de 1976.

La condición de sujetos desprestigiantes, según la Corte, estaría hoy en cabeza de los jueces y fiscales que llevaron adelante los procesos y de los periodistas que difundieron sus alternativas, todos ellos concertados para denostar a los gobernantes que asumieron en 1989.

No hubo sentencia y se cerró la causa mediante la quiebra de su espinazo, la ley penal, pues se agregaron requisitos a la asociación ilícita que no figuran en el texto del Código, haciéndola, además, inaplicable a los gobernantes.

Moraleja para los ciudadanos: ¿no hay Justicia, y qué...?

** Abogada especialista en Derechos Humanos.*

RAMOS GENERALES

DEL VOTO AL 30%

Esta semana, la Asociación Mutual Mujeres de Buenos Aires vio finalmente concretado un proyecto largamente deseado: la edición de *Del voto al 30%. La continuidad de una lucha*. En un año particularmente significativo para los derechos políticos de las mujeres, el volumen que recoge las experiencias que un grupo de dirigentes relató cuatro años atrás (durante la exposición "Las mil y una Evita, la mujer que cambió la historia") fue presentado en la Legislatura porteña, durante dos mesas redondas. En la primera las diputadas Juliana Marino y Gabriela González Gass realizaron la presentación formal. En la segunda, tres de las nuevas senadoras nacionales (Cristina Fernández de Kirchner, Vilma Ibarra y Miriam Curletti de Wasjfeld) disertaron sobre el cambio cualitativo que significará la incorporación de más de 25 mujeres a un reducto particularmente masculino, como el Senado. La ocasión, además, fue aprovechada para rendir un homenaje a una de las mujeres políticas con más trayectoria de la Argentina, Florentina Gómez Miranda.

MADRES DESAPARECIDAS

De las desgarradoras historias heredadas de la dictadura militar, quizá unas de las menos visitadas sean las de madres que, luchando por recuperar a sus hijos, fueron convertidas ellas mismas en víctimas directas de la represión. De eso se tratará "Madres desaparecidas en la lucha por la vida y la libertad de sus hijos", el encuentro que, dentro del proyecto de la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la ciudad "La mujer en la Historia", se realizará el próximo viernes. El diputado Ramón Torres Molina dará la conferencia "Los derechos humanos en la Argentina" (a las 16.30); familiares de madres desaparecidas como Eduardo Anguita, Laura Conte, Isabel Eckerl y Graciela Ojeda, la directora de Derechos Humanos de la Ciudad, Gabriela Alegre, y Leticia Maronese, por la Comisión de Patrimonio, participarán de una mesa redonda (entre las 17.30 y las 19.30); se presentará el video "Madres" (a las 20); y, desde el inicio de las actividades, podrá verse una muestra fotográfica basada en el archivo personal de los familiares de las madres desaparecidas. La cita es en la sala "D" del Centro Cultural Gral. San Martín, Sarmiento 1551, con entrada libre y gratuita.

LIBRERÍA

La historia del cupo



Cupo femenino en la política argentina –editorial Eudeba– es un libro de consulta fundamental para quien se interese por las idas y venidas de los mecanismos de discriminación positiva en la Argentina. Tras resumir en un sólido estudio preliminar la evolución de la situación de las mujeres en la Argentina desde principios del siglo XX, la investigadora Edit Rosalía Gallo y el abogado e historiador Carlos Alberto Giacobone relatan "el caso Morini" (uno de los más resonantes en el reclamo por el cupo, ya que llegó hasta la Corte Interamericana de Derechos Humanos), y recogen los debates parlamentarios nacionales (de diputados y senadores) que llevaron a la aprobación de la ley de cupo.

SEÑORAS Y SEÑORAS

La experimentada Shu Qi



De ella, alguien ha llegado a decir que es "bella como un ideograma", y probablemente esa definición la abarque con una precisión pasmosa, en la medida, claro, en que una persona pueda abarcar un ideograma (ninguna). Con 25 años, 50 kilos para su casi metro setenta, y un rostro maravilloso, Shu Qi le dice a quien quiera oírla que participó de 40 películas, que su nombre significa "confortable", y que adora "cambiar de humor y de velocidad". Prefirió pasar su adolescencia caminando sobre pasarelas antes que entre compañeros de colegio, y enseguida empezó a filmar películas con nombres tan variados como *Sexo y Zen II, Viva erótica* o *Mi amante problemático número 7*, y es que el ritmo, dice, es algo apresurado en Taiwan: "Una vida de actriz se acaba a los 27". De momento, la chica (autodenominada "egocéntrica, un poco dura... es una cualidad y un gran defecto, pero soy así") es una de los figuras más populares entre la juventud taiwanesa, y se dice que en cualquier momento desembarca en Occidente.



Judy Garland fue una figura que Hollywood trituró con sus mejores armas. Los ribetes trágicos de su vida son ahora recreados por la magnífica Judy Davis, en una producción televisiva que transmite la señal Hallmark.

La estrella sigue naciendo

POR MOIRA SOTO

Entre las figuras que Hollywood descubrió, encumbró y trituró, acaso la de Judy Garland sea la que ha alcanzado ribetes más desoladoramente trágicos en la memoria emotiva de su legión de admiradores, que no cesa de crecer gracias a la reedición de sus películas en video (con esas dos cimas que son, por diversas razones, *El mago de Oz* y *Nace una estrella*) y sobre todo, a sus imprescindibles discos. Por cierto, no se trata de restarle patetismo a estrellas tan desgraciadas como –por caso– Francis Farmer o Marilyn Monroe, pero al calvario de Judy Garland, tan minuciosa e inexorablemente marcado, se une ese talento inmenso que logró hacer remontar tantas veces después de tocar fondo; cada vez más herida su alma, cada vez más ricas, comunicativas y profundas fueron sus interpretaciones. Que la actriz y cantante muerta en 1969 es una de las estrellas más amadas de todos los tiempos lo prueba, además, el hecho de que la reciente producción televisiva "La vida de Judy Garland" (Hallmark Channel), emitida por la televisión abierta en los Estados Unidos, atrajo a 20 millones de espectadores, pasando por encima a todas las otras películas ofrecidas en el horario central nocturno. Además fue votada la favorita entre los adultos de 18 a 49 años.

"La vida de..." se basa en el relato autobiográfico escrito por Lorna Luft –hermana de Liza, frustrada actriz que apareció en *Grease 2*–, está dirigida por Robert Ackerman y protagonizada por Tammy Blanchard, casi un espejismo de Garland joven, y Judy Davis, impresionante en la accidentada edad adulta. Esta realización sigue en forma lineal y a grandes trazos la historia de Frances Ethel Gumm, luego rebautizada Judy Garland, niña superdotada, adolescente brutalmente explotada, joven insegura e incomprendida; mujer enamoradiza que podía caer en los brazos de Artie Shaw o de Joseph Mankiewicz, tanto como en los gays bien intencionados como Vincente Minnelli o vividores (y además convertirlos en sus maridos); artista hipersensible pero nada apta para los negocios, de los que se ocuparon managers aprovechadores; madre tierna en los ratos buenos, incapaz de asumir esa responsabilidad en los bajones de los que nunca volvía del todo.

Estrenada esta semana en la Argentina por la señal de cable Hallmark, "La vida de Judy Garland" se repetirá en versión completa (partes 1 y 2) los próximos 7 y 8 de diciembre, y 2 y 3 de enero del 2002, siempre a las 21.

Atrapada por la industria

¿Qué hubiese sido de la voz y el talento de Judy Garland en condiciones más favorables para su maduración afectiva y su felicidad personal? ¿Habría acaso alcanzado el mismo nivel de rendimiento emocional que conocemos, en parte provocado por ese malestar de vivir que la llevó a reiterados intentos de suicidio? No hay respuestas infalibles a estas preguntas, lo realmente seguro es que Judy tenía un don único, portentoso, que –luego de llamar la atención en su infancia, sobresaliendo junto a sus hermanas mayores– empezó a expandirse en los primeros films producidos por la Metro, y detonó plenamente en *El mago de Oz* (1938). Una producción en principio pensada para la mofletuda Shirley Temple, que afortunadamente, gracias a que la Fox no quiso prestar a Ricitos de Oro, fue protagonizada por la incipiente actriz y cantante de 16 años. En ese rodaje, pues, comenzó el auge y las desventuras de Judy Garland: sus pechos fueron vendados para que pareciese una niña, se la sometió a extenuantes sesiones de trabajo (pruebas diversas, ensayos, fotos, más ensayos, el propio rodaje del film), siempre bajo la mirada inclemente de su madre que aceptó sin vueltas las anfetaminas y los tranquilizantes que le empezaron a administrar a la naciente estrella para exprimir al extremo su rendimiento.

El gran suceso de *El mago de Oz* no hizo sino empeorar esta situación de estrés –y de consumo de drogas, origen de sus posteriores adicciones– al sucederse ininterrumpidamente los rodajes. Judy Garland, ya distanciada de su progenitora y controlada de cerca por el zar de la Metro, supo dejar chiquitas a Hedy Lamarr y a Lana Turner en *Ziegfeld Girls* (1941) y se emparejó con Gene Kelly en *For me and for my Gal* (1942). En un alto de alguna filmación, se casó –matrimonio fugaz, por cierto– con un tal David Rose, y tuvo varios romances con hombres del ambiente musical y cinematográfico hasta que en 1944 conoció a Vincente Minnelli e hizo con él un innovador musical, *Meet me in Saint Louis*. El rodaje se complicó por los altibajos anímicos de Judy –que entonó divinamente "The Boy Next Door" y "The Trolley Song", uno de sus temas favoritos–, pero la película funcionó bien al estrenarse. Director e intérprete limaron sus diferencias en una serie de cenas y, contra todos los pronósticos –casi toda la farándula sabía que él era homosexual–, se casan en 1945 y al año siguiente nace Liza (vivo retrato del padre, por si hacía falta acallar las malas lenguas). Con Minnelli, gran cineasta, Garland hizo joyas como la estilizada *Ziegfeld Follies* y *El pirata*, delirante fantasía en un Caribe escenográfico.

Si bien Judy Garland prosigue con cierta apariencia de normalidad su carrera, pasa de


Garland

Davis

Cole Porter a Irving Berlin, de Gene Kelly a Fred Astaire, sus depresiones se acentúan. En 1948 debe ser reemplazada por Ginger Rogers debido a una internación, luego de varias crisis. Entre otros papeles pierde el de *Annie Get Your Gun*, que recae en la mediocre Betty Hutton. Las impuntualidades se multiplican, crece su terror a las cámaras y Judy es considerada una molestia por la misma industria que la había endiosado y que ganó muchísimo dinero con ella. En *Summer Stock* (1950), un año antes de su divorcio de Minnelli, ya se evidencia en pantalla su deterioro, lo que no obsta para que cante con alma y vida uno de sus himnos, "Get Happy".

Al amparo del escenario

En los años '50, quebrada, desesperada, Judy busca refugio en el escenario. Y lo encuentra. Comienzan sus recitales públicos y bate records, aclamada por público y crítica. "Tuvo algo de una Piaf americana que emitía sus penas desde la cadencia de un blues sentimental", señala acertadamente Terenci Moix en *Mis inmortales de Hollywood*.

Nuevos casamientos y nuevos divorcios, también nuevos hijos. El matrimonio más duradero es con Sidney Luft, artífice de la remake de *Nace una estrella* (1954), que trata precisamente de las trampas de Hollywood y dirigió George Cukor. Garland, en el cenit de sus recursos dramáticos, estuvo despampanante, pero la limitada Grace Kelly, con *La que volvió por su amor*, le hurtó el Oscar. James Mason, estupendo coprotagonista, siempre defendió a Judy: "Los que la critican, se olvidan de que no se hechiza al público con el mero ejercicio de la puntualidad. En el estudio siempre están los que quieren terminar a horario, pero cuando se quiere algo único, como el talento de Judy, hace falta estima, comprensión y tolerancia".

A pesar de todo, aun en franco declive, Judy Garland la siguió peleando, hizo de tripas corazón, sacó energías del dolor y tuvo su famosa noche del Carnegie Hall, en junio de 1961. Al año siguiente estuvo conmovedora en *A Child is Waiting*, dirigida por John Cassavettes. Y en 1963 hizo en Inglaterra su último film, *I Could Go on Singing*, junto a Dirk Bogarde, que por suerte la adoraba.

Al cabo de incontables tentativas a lo largo de los años, Judy Garland lo logró en 1969, en un hotel de Londres: murió de sobredosis, sentada sobre el inodoro, totalmente vestida, el rostro ensangrentado. "Tenía cientos de años", apunta Kenneth Anger en *Hollywood Babilonia*. "Era la más anciana de todas las estrellas si nos atenemos a sus tormentas y al precio que debió pagar por ellas."

La otra Judy

Ahora ella tiene la edad de Judy Garland cuando murió. Sin embargo, si se la compara con las últimas fotos de la actriz y cantante, Judy Davis parece veinte años más joven. Sin duda, la australiana –apreciada por directores como los hermanos Coen, David Cronenberg, Woody Allen, Clint Eastwood y algunos otros que se le animaron a su arrasadora personalidad– era la mejor elección para encarnar a Garland en la adultez. Aunque Davis parece una dama en sus cabales, hay algo en la extraña fiereza de su mirada, en los gestos de su gran boca (de colágeno natural) que la hace parecer casi siempre al borde de algún brote de efectos impredecibles.

La chica que iba al conservatorio con Mel Gibson y se tentaba de risa con él en la escena del balcón de *Romeo y Julieta* se hizo notar en *Mi brillante carrera* (1980). Siguió con algunas películas por debajo de sus méritos hasta *Pasaje a la India* (1984). Hizo bastante teatro, se enamoró de Bergman y, aunque había perdido la fe (católica) a los 14, rezó para que el sueco la dirigiese en algún film parecido a *El silencio*. Todavía no perdió las esperanzas.

En los Estados Unidos, y en los '90, actuó en *Festín desnudo*, *Barton Fink*, *Maridos y esposas*... "Es la más grande actriz de su generación", declaró el editor de *Première*, Peter Biskind, en 1994. "Es la santa patrona de las emociones modernas", asegura el escritor y director Michael Tolkin.

La reina de las neuróticas en el cine rinde una interpretación descacharrante en "La vida de Judy Garland". Lejos de la imitación servil, Judy Davis hace una inteligente y sutil representación de un personaje al que evidentemente ha estudiado y elaborado a conciencia pura. Su labor supera al guión, a la realización: su presencia magnética, vulnerable, atormentada, oscura y radiante logra lo que parecía imposible: estar realmente a la altura de la leyenda.



Penélope Cruz rodó en España el film "Sin noticias del diablo", que protagoniza junto a Victoria Abril. La revista "El País" pidió a Juan José Millás que fuera su sombra durante dos días. Lo que sigue es la estupenda crónica del escritor, por momentos asombrado de la "insignificancia" de la estrella, y en otros enternecido por ella.

PENÉLOPE BIEN

POR JUAN JOSE MILLAS

Cuando quedas con Penélope Cruz, primero llega ella y al rato su cuerpo. Lo cuento como me sucedió. Había ido a buscarla a su casa muy temprano, para acompañarla, en plan sombra, al rodaje de *Sin noticias de Dios*, la película de Agustín Díaz Yanes que se estrena en estos días. La esperé en el jardín, jugando con uno de los perros, aunque sin perder de vista la escalera por la que tendría que bajar. Estaba preparado para ver descender a una estrella, pero apareció una chica cualquiera, como las siete mil con las que te cruzas en el Metro cada día. Personalmente, me resulta más fácil conversar con nadie que con alguien, así que me dirigí a aquella chica como si fuera nadie y funcionó. Mientras íbamos para el rodaje, hablamos, pues, de nada, y cuando más tarde me pidieron que abandonara su camerino, porque iba a empezar la sesión de maquillaje, ella dijo que no, que me dejaran porque yo era su sombra. Me quedé y fue entonces cuando apareció el cuerpo de Penélope. Tampoco se manifestó de golpe, sino poco a poco. A medida que Paniza, el peluquero, le pasaba el cepillo, Penélope iba emergiendo de la chica insignificante que había bajado las escaleras de su casa mientras yo jugaba con el perro. El proceso, como toda metamorfosis, era espectacular, pero delicado: los niños saben que basta introducir la punta de una aguja en un capullo de seda para arruinar el milagro, así que continué hablando con naturalidad, como si no viera lo que estaba ocurriendo ante mis ojos.

Penélope me respondía con naturalidad también, como si no fuera consciente de la mutación. Quizá no lo fuera. Le dije que me había ocurrido algo curioso, y es que cuando pregunté en el periódico si me podían facilitar información sobre ella, dijeron que no me preocupara:

–Sobre Penélope sabemos todo.

Me enviaron un dossier con "todo" y se dio la circunstancia de que cuanto más leía, menos sabía. Toda la documentación parecía estar puesta al servicio de esconder lo fundamental, en caso de que existiera lo fundamental. Tenía muchos datos, en fin, pero muy poca información. Se quedó sorprendida. Quizá esperaba que yo también la examinara de budismo, de la India, de Nacho Cano, de Teresa de Calcuta, de Tom Cruise, pero ésos eran precisamente los datos sin información que estaban al alcance de cualquiera. A mí lo único que me interesaba de Penélope era averiguar cómo había llegado a Hollywood haciendo trasbordo en la plaza de Castilla.

–¿Cómo se llega a Hollywood haciendo trasbordo en la plaza de Castilla?

–Es verdad –dice–, iba hasta la plaza de Castilla en el autobús, el 27, y allí cogía el Metro. Lo que más recuerdo de aquella época son los viajes en Metro. En el Metro hacía los deberes del instituto, dormía,leía, merendaba...

En el Metro leyó *El guardián en el centeno*, la novela que la conduciría al Salinger de los *Nueve cuentos* y de *Fanny y Zooey*. Habla de *El guardiánen el centeno* como si le hubiera producido unas fiebres; quizá se las produjo, porque llegó la última página y regresó a la primera mientras las estaciones se sucedían al otro lado de la ventanilla. Si oyes a Penélope describir su carrera, parece que todo ocurrió con la aparente facilidad con la que suceden las cosas en los relatos de Salinger.

La realidad fue más dura. Penélope tenía entonces 14 o 15 años (ahora tiene 27). Vivía en San Sebastián de los Reyes, una localidad de la periferia de Madrid desde la que no era fácil acceder al centro. Pero Penélope llegaba. Era capaz de hacer siete trasbordos para ver una película. Vio *Atame*, de Almodóvar, ella sola, "en un cine que queda detrás de Montera, y supe que quise ser como Victoria Abril".

–Veía mucho cine también en casa –añade–. Cuando una película me gustaba, la alquilaba tres, cuatro o cinco veces.

Estudiaba ballet y acudía a todos los castings del mundo en busca de un papel. No paraba, en fin, y estuvo a punto de pasarse de rosca.

–De los 14 a los 17 –dice– trabajé como una burra. Lo peor es que no quería reconocer que estaba cansada y me coloqué al borde de una crisis. Hace poco rocé de nuevo ese límite por un exceso de trabajo. Pero ya se ha acabado. Ahora sé que si me atengo a unas cuantas reglas, puedo ser feliz. Y no me compensa pasarme. Como bien, no bebo, duermo lo que tengo que dormir. De las drogas, conozco lo suficiente como para saber que son el diablo...

Pero aquella época de rigor estaba llena de misterio también. Deseaba las cosas con tal intensidad que a veces sucedían.

–Al salir de casa, si pensaba en Almodóvar, él aparecía. Lo vi en un bar que se llamaba Gloria, donde empecé a salir de noche, y en la calle, y en un cine, antes de que nos presentaran. Mi vida, si lo pienso, está llena de casualidades.

Ahora mismo le está ocurriendo otra casualidad: parte del rodaje de *Sin noticias del diablo* se lleva a cabo en un estudio de San Sebastián de los Reyes, a cinco minutos de la calle de Valencia de Don Juan, en la que vivió desde los cuatro años. Le propongo que recorramos el barrio de su adolescencia ella y yo solos, dando por supuesto que me dirá que no, pero me dice que sí, pese a que lo que pretendo demostrar –y así se lo explico– es que es tan insignificante que con unos vaqueros y una camiseta no la reconocerá nadie.

En un descanso del rodaje, pues, a la hora de comer, nos escapamos a Valencia de Don Juan, una calle en cuesta, con un videoclub y un taller mecánico. A la vuelta de donde ella vivía hay un bar, Casa Tomás, en el que Penélope, de pequeña, tomaba patatas bravas con su padre. Le propongo que comamos ahí antes de continuar nuestro viaje al pasado, y le parece bien. El local está lleno. No hay una sola mesa libre, pero cualquiera habría supuesto que, al ir con una estrella, nos harían un hueco.

–Queremos comer –le digo al camarero.

–Pues tendrán que esperar un buen rato, porque ya ve cómo estamos.

Nos retiramos a la barra, yo encantado de llevar la razón, y Penélope tranquila. En el rodaje me habían dicho que estaba loco por salir con la actriz sin protección.

Ya instalados en la barra, mientras yo me pregunto dónde rayos tiene esta chica la vanidad, ella pide unas patatas bravas y una ración de pulpo a la gallega, que es lo que más le gustaba de pequeña. Ella bebe Coca-Cola, yo cerveza. Nadie nos molesta. Le pido, por favor, que empiece a comportarse como una estrella, pues hasta a mí comienza a darme rabia que no se den cuenta de que voy con Penélope Cruz, y ella se ríe porque las estrellas, dice, le dan risa.

–Mira –dice–, cuando iba en el metro de un casting a otro, yo no sabía si sería capaz de vivir de esto. Para mí el éxito es poder trabajar. Sólo eso. Y no te pueden creer todo lo que te pasa, porque en el cine,empezando por la pantalla, que fíjate el tamaño que tiene, está todo desproporcionado.

Ya comidos, vamos dando un paseo hasta Valencia de Don Juan número 4. Penélope vivía en un entresuelo, de manera que desde el portal podemos asomarnos por las ventanas al interior de la casa. Le propongo llamar al telefonillo para ver si hay alguien, y tiene un golpe de emoción que controla enseguida, aunque ha estado a punto de ponerse a llorar. Finalmente, yo mismo aprieto el botón y aparece una señora peruana, llamada Norma, a la que explico que estamos haciendo un recorrido turístico por la adolescencia de Penélope Cruz. Nos invita a

Penélope me propone que vayamos a tomar café a casa de su madre, que vive a cinco minutos de donde nos encontramos. Nos cruzamos con un mecánico que se vuelve con expresión incrédula. Es evidente que ha reconocido a Penélope, pero enseguida piensa que es una chica que se parece a ella. Y es que Penélope se parece a Penélope, eso es cierto, pero inmediatamente, en la segunda mirada, adviertes que no es ella.



Penélope Cruz rodó en España el film "Sin noticias del diablo", que protagoniza junto a Victoria Abril. La revista "El País" pidió a Juan José Millás que fuera su sombra durante dos días. Lo que sigue es la estupenda crónica del escritor, por momentos asombrado de la "insignificancia" de la estrella, y en otros enternecido por ella.

PENÉLOPE BIEN MIRADA

POR JUAN JOSE MILLAS

Cuando quedas con Penélope Cruz, primero llega ella y al rato su cuerpo. Lo cuento como me sucedió. Había ido a buscarla a su casa muy temprano, para acompañarla, en plan sombra, al rodaje de *Sin noticias de Dios,* la película de Agustín Díaz Yanes que se estrena en estos días. La esperé en el jardín, jugando con uno de los perros, aunque sin perder de vista la escalera por la que tendría que bajar. Estaba preparado para ver descender a una estrella, pero apareció una chica cualquiera, como las siete mil con las que te cruzas en el Metro cada día. Personalmente, me resulta más fácil conversar con nadie que con alguien, así que me dirigí a aquella chica como si fuera nadie y funcionó. Mientras íbamos para el rodaje, hablamos, pues, de nada, y cuando más tarde me pidieron que abandonara su camerino, porque iba a empezar la sesión de maquillaje, ella dijo que no, que me dejaran porque yo era su sombra. Me quedé y fue entonces cuando apareció el cuerpo de Penélope. Tampoco se manifestó de golpe, sino poco a poco. A medida que Paniza, el peluquero, le pasaba el cepillo, Penélope iba emergiendo de la chica insignificante que había bajado las escaleras de su casa mientras yo jugaba con el perro. El proceso, como toda metamorfosis, era espectacular, pero delicado: los niños saben que basta introducir la punta de una aguja en un capullo de seda para arruinar el milagro, así que continué hablando con naturalidad, como si no viera lo que estaba ocurriendo ante mis ojos.

Penélope me respondía con naturalidad también, como si no fuera consciente de la mutación. Quizá no lo fuera. Le dije que me había ocurrido algo curioso, y es que cuando pregunté en el periódico si me podían facilitar información sobre ella, dijeron que no me preocupara:

–Sobre Penélope sabemos todo.

Me enviaron un dossier con "todo" y se dio la circunstancia de que cuanto más leía, menos sabía. Toda la documentación parecía estar puesta al servicio de esconder lo fundamental, en caso de que existiera lo fundamental. Tenía muchos datos, en fin, pero muy poca información. Se quedó sorprendida. Quizá esperaba que yo también la examinara de budismo, de la India, de Nacho Cano, de Teresa de Calcuta, de Tom Cruise, pero ésos eran precisamente los datos sin información que estaban al alcance de cualquiera. A mí lo único que me interesaba de Penélope era averiguar cómo había llegado a Hollywood haciendo trasbordo en la plaza de Castilla.

–¿Cómo se llega a Hollywood haciendo trasbordo en la plaza de Castilla?

–Es verdad –dice–, iba hasta la plaza de Castilla en el autobús, el 27, y allí cogía el Metro. Lo que más recuerdo de aquella época son los viajes en Metro. En el Metro hacía los deberes del instituto, dormía,leía, merendaba...

En el Metro leyó *El guardián en el centeno*, la novela que la conduciría al Salinger de los *Nueve cuentos* y de *Fanny y Zooey*. Habla de *El guardiánen el centeno* como si le hubiera producido unas fiebres; quizá se las produjo, porque llegó la última página y regresó a la primera mientras las estaciones se sucedían al otro lado de la ventanilla. Si oyes a Penélope describir su carrera, parece que todo ocurrió con la aparente facilidad con la que suceden las cosas en los relatos de Salinger.

La realidad fue más dura. Penélope tenía entonces 14 o 15 años (ahora tiene 27). Vivía en San Sebastián de los Reyes, una localidad de la periferia de Madrid desde la que no era fácil acceder al centro. Pero Penélope llegaba. Era capaz de hacer siete trasbordos para ver una película. Vio *Atame*, de Almodóvar, ella sola, "en un cine que queda detrás de Montera, y supe que quise ser como Victoria Abril".

–Veía mucho cine también en casa –añade–. Cuando una película me gustaba, la alquilaba tres, cuatro o cinco veces.

Estudiaba ballet y acudía a todos los castings del mundo en busca de un papel. No paraba, en fin, y estuvo a punto de pasarse de rosca.

–De los 14 a los 17 –dice– trabajé como una burra. Lo peor es que no quería reconocer que estaba cansada y me coloqué al borde de una crisis. Hace poco rocé de nuevo ese límite por un exceso de trabajo. Pero ya se ha acabado. Ahora sé que si me atengo a unas cuantas reglas, puedo ser feliz. Y no me compensa pasarme. Como bien, no bebo, duermo lo que tengo que dormir. De las drogas, conozco lo suficiente como para saber que son el diablo...

Pero aquella época de rigor estaba llena de misterio también. Deseaba las cosas con tal intensidad que a veces sucedían.

–Al salir de casa, si pensaba en Almodóvar, él aparecía. Lo vi en un bar que se llamaba Gloria, donde empecé a salir de noche, y en la calle, y en un cine, antes de que nos presentaran. Mi vida, si lo pienso, está llena de casualidades.

Ahora mismo le está ocurriendo otra casualidad: parte del rodaje de *Sin noticias del diablo* se lleva a cabo en un estudio de San Sebastián de los Reyes, a cinco minutos de la calle de Valencia de Don Juan, en la que vivió desde los cuatro años. Le propongo que recorramos el barrio de su adolescencia ella y yo solos, dando por supuesto que me dirá que no, pero me dice que sí, pese a que lo que pretendo demostrar –y así se lo explico– es que es tan insignificante que con unos vaqueros y una camiseta no la reconocerá nadie.

Penélope me propone que vayamos a tomar café a casa de su madre, que vive a cinco minutos de donde nos encontramos. Nos cruzamos con un mecánico que se vuelve con expresión incrédula. Es evidente que ha reconocido a Penélope, pero enseguida piensa que es una chica que se parece a ella. Y es que Penélope se parece a Penélope, eso es cierto, pero inmediatamente, en la segunda mirada, adviertes que no es ella.

En un descanso del rodaje, pues, a la hora de comer, nos escapamos a Valencia de Don Juan, una calle en cuesta, con un videoclub y un taller mecánico. A la vuelta de donde ella vivía hay un bar, Casa Tomás, en el que Penélope, de pequeña, tomaba patatas bravas con su padre. Le propongo que comamos ahí antes de continuar nuestro viaje al pasado, y le parece bien. El local está lleno. No hay una sola mesa libre, pero cualquiera habría supuesto que, al ir con una estrella, nos harían un hueco.

–Queremos comer –le digo al camarero.

–Pues tendrán que esperar un buen rato, porque ya ve cómo estamos.

Nos retiramos a la barra, yo encantado de llevar la razón, y Penélope tranquila. En el rodaje me habían dicho que estaba loco por salir con la actriz sin protección.

Ya instalados en la barra, mientras yo me pregunto dónde rayos tiene esta chica la vanidad, ella pide unas patatas bravas y una ración de pulpo a la gallega, que es lo que más le gustaba de pequeña. Ella bebe Coca Cola, yo cerveza. Nadie nos molesta. Le pido, por favor, que empiece a comportarse como una estrella, pues hasta a mí comienza a darme rabia que no se den cuenta de que voy con Penélope Cruz, y ella se ríe porque las estrellas, dice, le dan risa.

–Mira –dice–, cuando iba en el metro de un casting a otro, yo no sabía si sería capaz de vivir de esto. Para mí el éxito es poder trabajar. Sólo eso. Y no te pueden creer todo lo que te pasa, porque en el cine,empezando por la pantalla, que fíjate el tamaño que tiene, está todo desproporcionado.

Ya comidos, vamos dando un paseo hasta Valencia de Don Juan número 4. Penélope vivía en un entresuelo, de manera que desde el portal podemos asomarnos por las ventanas al interior de la casa. Le propongo llamar al telefonillo para ver si hay alguien, y tiene un golpe de emoción que controla enseguida, aunque ha estado a punto de ponerse a llorar. Finalmente, yo mismo aprieto el botón y aparece una señora peruana, llamada Norma, a la que explico que estamos haciendo un recorrido turístico por la adolescencia de Penélope Cruz. Nos invita a pasar, y Penélope se queda un poco desconcertada, porque los nuevos inquilinos han hecho una obra para agrandar el salón y se han cargado la habitación en la ella dormía. Pero da unos pasos y me explica dónde estaba exactamente su cama mientras los hijos de la señora peruana, Norma y Richard, se abrazan a sus piernas porque Penélope tiene un magnetismo especial, del que es consciente, para los niños y para los gatos.

La puerta del baño está abierta y pide permiso para encender la luz. El armario, de metal, es el mismo de entonces, y el espejo que hay sobre el lavabo, también. Ella entra, se mira en el espejo algo perpleja, y no sabemos si ve a la estrella o a la muchacha insignificante, pero se lleva la mano a la boca con estupor.

Su memoria está procesando a cien por hora una adolescencia en la que "teníamos de todo pero no nos sobraba nada", mientras su estómago digiere una ración de pulpo que se tomó con su padre hace diez o doce años en la barra de Casa Tomás.

–Aquí, en el cuarto de baño, me encerraba –dice– porque era el único lugar en el que podía estar sola. Pero lo recordaba mucho más grande.

Cuando abandonamos la casa de Norma, Penélope me propone que vayamos a tomar café a casa de su madre, que vive a cinco minutos de donde nos encontramos. Nos cruzamos con un mecánico que se vuelve con expresión incrédula. Es evidente que ha reconocido a Penélope, pero enseguida piensa que es una chica que se parece a ella. Y es que Penélope se parece a Penélope, eso es cierto, pero inmediatamente, en la segunda mirada, adviertes que no es ella. Sólo si has tenido el privilegio de permanecer en su camerino mientras se peina o se maquilla, te das cuenta de que son la misma.

Pero hay todavía un instante más espectacular que el del camerino, y es el del plató. Fui la sombra de Penélope durante dos días, en dos ambientes de rodaje distintos, y vi la transformación que en cuestión de segundos se opera en ella cuando oye la palabra "motor". Entre la palabra "motor" y la palabra "acción", apenas pasan unas décimas de segundo, pero durante ese breve intervalo temporal, Penélope hace un movimiento casi imperceptible con su cuerpo, como si se metiera adentro y volviera a salir enseguida, convertida en otra. Y es otra, en efecto, otra que llena todo el espacio que le das y el que se toma. Cuando el director grita "corten", cae de nuevo desde las alturas a la muchacha insignificante, se acerca tímidamente al monitor y cambia con el director algunas impresiones sobre la escena.

El caso es que esta chica, que todavía se mancha cuando come, es una estrella del cine en plena fase de expansión, además de una empresaria cuyo contrato con el diseñador Ralph Lauren mueve millones. Es también directiva de una fundación destinada a sacar adelante, en la India, a las niñas que son arrojadas a la calle. Y estudia fotografía con pasión.

Cuando Penélope era pequeña, su madre tenía una peluquería en Alcobendas, otra localidad periférica muy cercana a San Sebastián de los Reyes. He leído en algún sitio que se pasaba las horas muertas mirando revistas en la peluquería, pero ella dice que no, que miraba a las señoras y que las señoras fueron su primer gran escuela de interpretación. De camino al rodaje la invito a un helado y me pide que compre otro para su maquilladora, Whitnie. Hablamos un poco de *Sin noticias de Dios,* donde hace el papel de diablo.

–Me encanta este personaje –dice–, porque yo soy un poco chico. De todos los personajes que he hecho, es el que más se mueve como me muevo yo. Yo me muevo así, fíjate.

Esa tarde me fijo y es verdad. Una vez disfrazada de diablo, posee la belleza ambigua de los caracteres andróginos. Cuando le pregunto a Díaz Yanes, el director, si es complicado rodar con Penélope, me dice que no, que nunca pide nada y que es de una educación extrema. En ese momento se acerca ella para hacerle una pregunta curiosa:

–Aunque no soy un ángel en este rato, ¿todavía tengo miedo, o ya no?

–No, ya no tienes miedo –dice él.

Y ella se aleja sin miedo hacia el plató.

Cuando te despides de Penélope, lo primero que se va es su cuerpo, pero ella se queda en la cabeza durante un tiempo, como una buena idea, una buena película, un buen libro, o una buena persona.



PENÉLOPE EN EL APOGEO DE LA CAMPAÑA DE RALPH LAUREN

MIRADA

pasar, y Penélope se queda un poco desconcertada, porque los nuevos inquilinos han hecho una obra para agrandar el salón y se han cargado la habitación en la ella dormía. Pero da unos pasos y me explica dónde estaba exactamente su cama mientras los hijos de la señora peruana, Norma y Richard, se abrazan a sus piernas porque Penélope tiene un magnetismo especial, del que es consciente, para los niños y para los gatos.

La puerta del baño está abierta y pide permiso para encender la luz. El armario, de metal, es el mismo de entonces, y el espejo que hay sobre el lavabo, también. Ella entra, se mira en el espejo algo perpleja, y no sabemos si ve a la estrella o a la muchacha insignificante, pero se lleva la mano a la boca con estupor.

Su memoria está procesando a cien por hora una adolescencia en la que "teníamos de todo pero no nos sobraba nada", mientras su estómago digiere una ración de pulpo que se tomó con su padre hace diez o doce años en la barra de Casa Tomás.

–Aquí, en el cuarto de baño, me encerraba –dice– porque era el único lugar en el que podía estar sola. Pero lo recordaba mucho más grande.

Cuando abandonamos la casa de Norma, Penélope me propone que vayamos a tomar café a casa de su madre, que vive a cinco minutos de donde nos encontramos. Nos cruzamos con un mecánico que se vuelve con expresión incrédula. Es evidente que ha reconocido a Penélope, pero enseguida piensa que es una chica que se parece a ella. Y es que Penélope se parece a Penélope, eso es cierto, pero inmediatamente, en la segunda mirada, adviertes que no es ella. Sólo si has tenido el privilegio de permanecer en su camerino mientras se peina o se maquilla, te das cuenta de que son la misma.

Pero hay todavía un instante más espectacular que el del camerino, y es el del plató. Fui la sombra de Penélope durante dos días, en dos ambientes de rodaje distintos, y vi la transformación que en cuestión de segundos se opera en ella cuando oye la palabra "motor". Entre la palabra "motor" y la palabra "acción", apenas pasan unas décimas de segundo, pero durante ese breve intervalo temporal, Penélope hace un movimiento casi imperceptible con su cuerpo, como si se metiera adentro y volviera a salir enseguida, convertida en otra. Y es otra, en efecto, otra que llena todo el espacio que le das y el que se toma. Cuando el director grita "corten", cae de nuevo desde las alturas a la muchacha insignificante, se acerca tímidamente al monitor y cambia con el director algunas impresiones sobre la escena.

El caso es que esta chica, que todavía se mancha cuando come, es una estrella del cine en plena fase de expansión, además de una empresaria cuyo contrato con el diseñador Ralph Lauren mueve millones. Es también directiva de una fundación destinada a sacar adelante, en la India, a las niñas que son arrojadas a la calle. Y estudia fotografía con pasión.

Cuando Penélope era pequeña, su madre tenía una peluquería en Alcobendas, otra localidad periférica muy cercana a San Sebastián de los Reyes. He leído en algún sitio que se pasaba las horas muertas mirando revistas en la peluquería, pero ella dice que no, que miraba a las señoras y que las señoras fueron su primer gran escuela de interpretación. De camino al rodaje la invito a un helado y me pide que compre otro para su maquilladora, Whitnie. Hablamos un poco de *Sin noticias de Dios*, donde hace el papel de diablo.

–Me encanta este personaje –dice–, porque yo soy un poco chico. De todos los personajes que he hecho, es el que más se mueve como me muevo yo. Yo me muevo así, fíjate.

Esa tarde me fijo y es verdad. Una vez disfrazada de diablo, posee la belleza ambigua de los caracteres andróginos. Cuando le pregunto a Díaz Yanes, el director, si es complicado rodar con Penélope, me dice que no, que nunca pide nada y que es de una educación extrema. En ese momento se acerca ella para hacerle una pregunta curiosa:

–Aunque no soy un ángel en este rato, ¿todavía tengo miedo, o ya no?

–No, ya no tienes miedo –dice él.

Y ella se aleja sin miedo hacia el plató.

Cuando te despides de Penélope, lo primero que se va es su cuerpo, pero ella se queda en la cabeza durante un tiempo, como una buena idea, una buena película, un buen libro, o una buena persona.



PENÉLOPE EN EL APOGEO DE LA CAMPAÑA DE RALPH LAUREN



Vuitton

"La percepción comienza cuando las sensaciones cambian; de ahí la necesidad de viajar". Con esta frase de André Gide, Vuitton presenta sus nuevos bolsos y accesorios de viaje, siempre idénticos y diferentes a sí mismos. En ellos se repite el célebre monograma y el no menos célebre damero, pero los diseños están totalmente aggornados.



Joyas digitales

Los nuevos accesorios digitales de IBM hacen de las joyas y los relojes computadoras portátiles. Collares, anillos, pulseras y relojes son al mismo tiempo micrófonos, mouses y compus. Provoca admiración y un poquito de miedo.



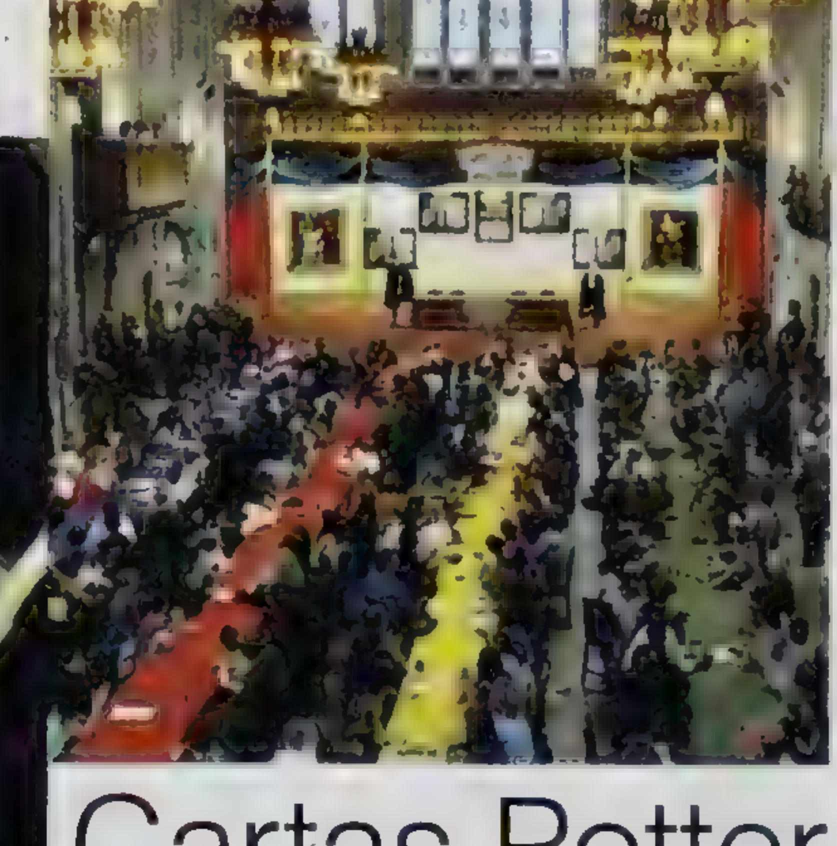
Solares

Hay nuevas presentaciones de la clásica Bagóvit Solar. A las variedades del año pasado, se suman el Bagóvit Solar Factor de Protección 30 Plus, y el Solar Factor de Protección 15 Spray: este último, es ideal para pieles mixtas y zonas pilosas del cuerpo, que a veces por fiaca quedan expuestas al sol sin protección. En lugar de desparramar, hay que apuntar y apretar.

Medrano

Bodegas Lagarde relanzan sus varietales Medrano (malbec, cabernet sauvignon y chardonnay), que apuntan a consumidores con ánimo de incursionar en los "vinos del nuevo mundo": vinos jóvenes, frutados, fáciles de tomar. Los Medrano provienen de Tupungato, Medrano y Maipú, y se caracterizan por su frescura.





Cartas Potter

Ediciones de Mente presentó un nuevo juego de cartas intercambiables basado en el suceso de "Harry Potter y la piedra filosofal", de J.K. Rowling. Cada jugador es un mago de la Escuela Hogwarts, que intenta hacer desaparecer las cartas del mazo de su oponente.



Giesso Mujer

A mediados del mes pasado, la marca Giesso anexó su nueva línea Mujer en el local de la calle Tucumán, frente a la Plaza Roma, y pocos días más tarde abrió un local exclusivo en Unicenter. La ropa apunta a "mujeres profesionales con una activa vida social".



Ginger Ale

A través de una leyenda de origen hindú, Coca Cola presenta el nuevo sabor de Schweppes, Ginger Ale, que viene acompañada por el característico sabor del jengibre y por un efecto refrescante. El lanzamiento pretende llegar a un segmento del mercado con cierta inclinación a productos menos previsibles que los netamente masivos.



Promos

Estée Lauder presenta una amplia variedad de promociones para estas fiestas. Incluyen las de las marcas Tommy y Donna Karan. Entre las más tentadoras puede señalarse la llamada "Blockbuster", y que consiste en un montón de buen maquillaje: labiales, cuartetos de sombras, rubores, esmaltes de uñas, brochas y máscara para pestañas, todo en un supermaletín primoroso. Se lo puede conseguir a $ 68 con la compra de una fragancia Intuition.



Cacharel

La gran marca francesa anuncia un "cambio" esta temporada: la casa retoma su identidad original, "tan lujosa como cotidiana, para hacer revivir la energía elegante que la propulsó en sus inicios". Los autores de la nueva colección son el dúo Clements-Ribeiro.

Información, comentarios y/o saludos: las12@pagina12.com.ar

"Callate y pujá" es el primer video de Dando a Luz, una asociación que reúne a madres, parteras y obstetras que buscan que el parto y el nacimiento sean una forma más amorosa y menos violenta de llegar al mundo.

Derechos primeros

POR SANDRA CHAHER

Primer plano de la vagina de una mujer en la camilla de parto. La bata celeste, las piernas atadas. Manos que tajean la piel, sacan al bebé del vientre y cortan el cordón. Música ritual de tambores nerviosos y una voz en off: "Esta mujer tiene derecho a ser tratada con respeto y amor; a decidir qué se hace con su cuerpo; a estar acompañada de una persona de sus afectos; a elegir libremente la posición que prefiera para parir; a expresar sus emociones y necesidades; a permanecer con su hijo desde el instante del nacimiento".

Imagen de un bebé recién nacido sobre una mesada. Manos que le tocan los labios, lo estiran, le ponen tubos de plástico en la boca, la nariz, el ano, y sobre los ojos una sustancia plateada que lo hace llorar. Le dan una inyección, lo bañan y peinan con fruición. Voz en off: "Este niño tiene derecho a permanecer en el pecho de su madre desde el nacimiento, a ser tratado con respeto y amor, a no ser objeto de prácticas y procedimientos rutinarios invasivos y muchos innecesarios, como el corte inmediato del cordón, la aspiración de secreciones, la sonda nasogástrica, la sonda anal, la vitamina K inyectable y el nitrato de plata en los ojos; a respetar sus tiempos de encuentro con su mamá y su familia. No hay ningún apuro para pesarlo, medirlo, ni bañarlo".

Cuatro minutos nada más. Cuatro minutos de alto impacto. Si el tratamiento de las imágenes y el texto no fueran tan asépticos, *Callate y pujá* podría ser catalogado como un video sensacionalista. Pero no, y además las imágenes son reales, fueron tomadas hace menos de un año en un hospital de la provincia de Buenos Aires, casi clandestinamente. No se muestra la cara de quienes intervienen en el parto y en las rutinas del bebé. Sólo los actos. Actos que dos textos impresos aclaran que son violatorios de la Convención de los Derechos del Niño y no respetan recomendaciones de la OMS.

Callate y pujá es el primer video de Dando a Luz, una asociación que reúne a madres, parteras y obstetras que buscan que el parto y el nacimiento sean una forma más amorosa y menos violenta de llegar al mundo. Sus realizadores son Sonia Cavia y Eduardo Díaz Cano. Sonia es, formalmente, la presidenta de Dando a Luz, pero sobre todo es kriptonita en envase de mujer. Práctica, concreta, de las que van a los bifes, es el centro sinérgico de una entidad que se volvió un referente en su área en menos de un año. A comienzos de 2001 la lanzaron con una actividad mínima: un encuentro mensual para quienes quisieran conocer sus derechos en el parto y el nacimiento. Se resistían a aceptar la inercia de las "rutinas": episiotomías, peridurales, separación de madre e hijo, etc. Y había campo fértil. La ciencia ya no es reina; ahora el amor, el respeto al dolor, en fin, las emociones, se filtran como mercurio entre bisturíes y fármacos, y los poros de instituciones y especialistas se abren de a poco. Dando a Luz hoy también da cursos en colegios, trabaja en la concientización de los agentes de salud y... en el caldero mental de Sonia fermentan mil ideas más.

Callate y pujá fue producto de la casualidad, dice esta mujer de 33 años obsecada y persistente, madre de Serena, una beba "superpoderosa" que motivó la potencialización cualitativa de su propio sentido del poder,"sentía que podía hacer lo que quería, tenía fuerza. Antes de Serena no tenía idea de lo que quería hacer con mi vida". Varias mamás que parieron para la misma época que Sonia dieron forma a Dando a Luz a comienzos de 2001. Y en agosto, ella estaba en la isla de edición de un amigo, Eduardo, tratando de editar entrevistas con sus compañeras de parto y sus familias para armar un video que concursaría en un festival de derechos humanos. No le encontraba la vuelta hasta que en una noche iluminada decidió que lo haría sólo con las imágenes del hospital. Eduardo coguionó el material y en tres noches salió *Callate y pujá*. Fue premiada por el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos "por su contundente búsqueda estético expresiva puesta al servicio de derechos inalienables del ser humano", y elegida mejor documental en el Concurso Nacional de Video Independiente Cipolletti 2001.

–Me costó mucho incluir las imágenes del bebé, porque la mayoría de los papás y mamás no saben qué les hacen a sus hijos cuando se los llevan. Yo misma me enteré de muchas de las prácticas viéndolo. Pero me parecía necesario para que empecemos a preguntar. El nitrato de plata, por ejemplo, no debería usarse porque durante un rato el bebé no puede ver, y existe un antibiótico que cumple la misma función, pero como es más caro los hospitales no lo tienen, y algunas clínicas tampoco. De todas formas creo que el tema trasciende las rutinas, tiene que ver con el amor y el desamor.

Aun reconociéndose principista al extremo –"porque creo que hay cosas que deben ser de una manera y no de otra; los derechos de la madre y del hijo, por ejemplo, son una cuestión de justicia, me parece muy loco que suene idealista que se cumplan tus derechos constitucionales"–, Sonia admite que en este último año aprendió "a construir desde un lugar más pacífico. No hacer la denuncia inmediata: 'Vos sos un violador de los derechos humanos', sino primero tratar de ver qué pasa. Si yo no quiero que penalicen, tampoco tengo que penalizar. Encontramos a personas dentro del sistema de salud que trabajan por lo mismo que nosotros. No creo que sea gratis para ningún profesional trabajar como lo hacen".


TAMPINCUAS

También este año empezó a estudiar cine documental en la Universidad de las Madres. Desde chica hizo trabajo social y muchas veces en formato visual. *Callate y pujá* es retomar ese camino desde un tema que hoy la conmueve profundamente. Al final del video aparece un texto: "La violencia ejercida en cada nacimiento sigue sembrando la violencia en el mundo". Pero ¿qué pasa después? ¿Un nacimiento más amoroso es garantía de buena crianza? "Es cierto, no son familias necesariamente ideales, el vínculo con los hijos siempre es complejo", admite con sentido común, pero su constancia para perseguir valores es más fuerte: "Si un chico tiene derechos desde que nace porque sus padres se ocuparon de eso, para mí empezamos a construir otra historia del mundo. Cada día estoy más convencida de eso".



ANITA EN EL HARÉN (y otras aventureras)

POR CRISTINA MORATO

Hubo mujeres aventureras que no fueron científicas, ni participaron en expediciones geográficas ni tan siquiera fueron buenas escritoras de libros de viajes. Sin embargo, sus vidas son apasionantes porque el destino las llevó a compartirlas con importantes personajes de su época, entre ellos reyes y maharajás. Fueron testigos de excepción de guerras, reformas, derrocamientos y el nacimiento de nuevos países a lo largo del siglo XIX. Ellas, mujeres independientes y decididas, ejercieron una notable influencia en estos hombres poderosos convirtiéndose en sus asesoras y consejeras. Nada hay común en sus orígenes, unas son artistas, otras institutrices o gobernantas. Los nombres de Anita Delgado, Lola Montes, Anna Leonowens, que vivieron en épocas bien distintas, han sido olvidados por la historia. Nadie imaginó su destino y menos ellas, que nacieron en una época en la que la mujer no tenía posibilidades de realizarse salvo como madre y esposa, y mucho menos de viajar a remotos lugares. Nunca soñaron con vivir en suntuosos palacios, codearse con la realeza, entablar amistad con intelectuales y que sus biografías fueran llevadas al cine.

Las mujeres que viajaban a exóticos países como gobernantas, institutrices o amas de llaves a partir del siglo XVIII no tenían que justificar su comportamiento porque en cierto modo la sociedad las compadecía. Tener que viajar para ganarse la vida a lugares remotos y peligrosos, acompañadas en ocasiones de sus hijos, era un acto casi heroico. La señora Anna Leonowens, natural de Gales, viajó al reino de Siam (Tailandia), donde permaneció durante cinco años. Fue algo más que una institutriz. Llegó a ser amiga personal del monarca a pesar de tener ideas bien opuestas. Emmeline Lott trabajó como institutriz durante dos años en un harén egipcio y su experiencia no fue tan gratificante como la de Anna.

Pero sus vidas, aunque transcurrieron en países orientales, no fueron un pasaje de *Las mil y una noches*. Como cualquier mujer de su época –y con la mentalidad de una dama victoriana– tuvieron que enfrentarse a todo tipo de problemas y peligros. En general se sentían cautivas y solas en una jaula de oro, lejos de sus familias. Cada una a su manera se enfrentó a los prejuicios de su tiempo, se rebelaron contra la esclavitud, la vida de las mujeres en los harenes o el despotismo de las monarquías europeas.

La maharaní malagueña

Anita Delgado, nacida en Málaga en 1890, tenía sólo dieciséis años y era una mediocre bailarina cuando el maharajá de Kapurthala, uno de los hombres más ricos del mundo, se enamoró perdidamente de ella en Madrid. El príncipe indio convenció a su familia para que se trasladase a París y Anita recibiera lo que él consideraba una educación digna de una futura maharaní. En la capital francesa le esperaban el secretario del maharajá, una docena de esclavos, media docena de coches, un suntuoso palacete y unacarta del príncipe donde le decía que hasta que no aprendiera bien el francés no aparecería, pues no deseaba expresar sus sentimientos a través de otra persona. Así empezó su vida en París, desde que se levantaba hasta que se acostaba todo estaba controlado por Louise Dujon, su institutriz francesa. En sus diarios la joven recuerda: "En Bruselas mi educación se amplió con protocolo, que ahora ya me habían explicado lo que era, además de baile, inglés, tenis, patinar, montar a caballo, piano, dibujo y billar". Anita cambió radicalmente de vida al viajar a la India en 1908 para casarse con un rey que le doblaba la edad y apenas empezaba a querer. Lo que sigue es en apariencia la historia de un cuento de hadas. El apuesto príncipe le construyó una réplica del palacio de Versalles –al que llamaban Elysée–. Sus jardines, las imponentes verjas de hierro, los paseos, todos los detalles fueron copiados minuciosamente. Su interior fue decorado con antigüedades traídas de Europa para que se sintiera como una reina. Todo el personal que fue contratado hablaba francés y todos los meses un tren llegaba cargado de botellas de agua Evian traídas directamente de Francia.

Su boda en Kapurthala fue de un lujo y exotismo que sólo podía imaginarse en las películas. La novia iba vestida con un sari bordado en hilos de oro y plata y el maharajá con un elegante traje de gala sij. La ceremonia fue al aire libre, los acompañaba la guardia real del palacio y los novios fueron pesados para que los pobres recibieran su equivalente en alimentos. Anita tuvo que subirse a un elefante engalanado para la ocasión y desfilar por las calles de la ciudad saludando al pueblo. Es entonces cuando escribió con cierto humor en su diario: "Y es que yo nada más podía pensar que ya era una princesa y durante el desfile de elefantes por las calles de la ciudad me encontraba medio mareada por lo alto que tenía que ir, subida en aquel palanquín saludando a to-





En su libro *Viajeras intrépidas y aventureras*, la periodista española Cristina Morató –ella también viajera– hace un repaso por las vidas de mujeres de historias increíbles, que por propia voluntad se deshicieron de sus destinos previsibles. Una de ellas, Anita Delgado, se convirtió en 1890 en esposa del maharajá de Kapurthala, y desde la corte india se hizo cronista de sociales.

dos y a causa de los movimientos del animal, que parecía como viajar en barco con mala mar". Pero no todo fue un cuento de hadas. El maharajá al casarse con Anita pretendía que fuera sumisa, obediente, buena esposa y amante. No contaba con el fuerte carácter y la personalidad de su mujer, que entonces sólo tenía dieciséis años.

Anita, autoritaria e independiente, vive a la europea, pasea sola, recibe amigos de todo el mundo y logra que su único hijo, Ajit, sea educado en Europa. Desde el principio, aunque se sabe la favorita, se niega a formar parte del harén del maharajá –de ciento veinte esposas– y critica el feudalismo. Llega a escribir libros de viajes, envía colaboraciones a periódicos y durante la Primera Guerra Mundial colabora con la Cruz Roja y la causa francesa. Acompaña a su marido en sus viajes oficiales y se convierte en su fiel asesora. En sus largos recorridos en tren toma nota de todo lo que ve y escribe sus impresiones sobre las costumbres locales, las mujeres y la lujosa boda de los soberanos que conoce. Estos escritos fueron más tarde publicados en forma de memorias bajo el título de *Impresiones de mis viajes por las Indias*. El libro, como la mayoría de los que escribieron nuestras antecesoras viajeras, es un valioso documento que retrata cómo era la India a principios del siglo XX. En él describe tres viajes diplomáticos que realizó por entonces a las Indias británicas en compañía de su esposo y, aunque no es una buena escritora, hubiera triunfado como cronista de sociedad: "A su Alteza (se refiere al maharajá de Binaker), destacado deportista, no sólo le gusta la caza; también le encanta el polo, que es su deporte favorito. Es un jugador de primera categoría y está considerado entre los mejores de las Indias junto con su equipo. Ha viajado varias veces a Europa y su hijo mayor, que sólo tiene diez años, es de una precocidad extraordinaria, tiene gran habilidad en el tiro y juega al billar de maravilla".

Anita Delgado no se contenta con estar rodeada de joyas, esclavos, vivir en suntuosos palacios y ser la adorada maharaní. Conoce a Gandhi, se muestra partidaria de mejorar la situación de las mujeres y lucha, entre otras cosas, contra las bodas de niños y la quema de viudas. Su sueño oriental acabó el 1927. Una grave enfermedad la obligó a guardar reposo y estuvo apartada de la vida palaciega varios meses. Para mejorar su salud se instaló en las tierras altas, en el palacio del maharajá de Cachemira, situado junto a un lago, frente las cumbres del Himalaya. En todo este tiempo no tuvo noticias de su marido. Tras once largos meses, Anita regresó a Kapurthala pero para su sorpresa ya no era la favorita del príncipe: éste, en su ausencia, la había sustituido por una joven inglesa. No sería la única; varias europeas desfilaron después por la vida del maharajá, pero aguantaron poco. La última, una muchacha checa de nombre Tara Devi, se suicidó cuando el príncipe la obligó a cambiar de religión y entrar en su harén.

Separada de su esposo, disfrutó de la vida bohemia y de auténtico lujo en Europa. En las fotos de las revistas de finales de los años veinte se la ve feliz paseando su elegancia, en compañía de su inseparable Madame Dijon, por Niza, Venecia o Biarritz. Hasta sus últimos años siguió de cerca todas las noticias que llegaban de la India y su lento proceso de independencia. Murió en Madrid en 1962, tenía por entonces setenta y dos años. En la lápida de su tumba puede leerse la siguiente inscripción: "S.A. Maharaní Prem Kaur de Kapurthala. Nacida Ana Delgado Briones". Fue uno de los últimos testigos de la época dorada de los maharajás de la India.

J. M. CAMBARIERE







ROPA DE TRABAJO

POR SANDRA RUSSO

Luján Funes, a todas luces, es una dama. Pero es una dama en carne viva. Una dama que expone de sí todo aquello que las otras pobres damas han aprendido a dejar sellado en el sótano de sus propios seres. Esta mujer de 57 años, maestra, bioquímica, esposa de un médico especialista en trasplantes de riñón, madre de cinco hijos, cuando dobló la curva de los cincuenta, a esa edad en la que tantas otras mujeres combaten el síndrome del nido vacío tiñéndose de rubio o esculpiéndose las uñas, se tiró a la pileta del arte. Esto no sería motivo de una nota si la obra de Funes no ofreciera por sí misma un lenguaje rotundo, un entramado consistente y nutricio de significados. En La Carbonería (Magallanes 885, La Boca), Funes expone desde hace una semana su muestra "Reflexiones argentinas": una instalación y paneles de monocopias en los que el tema principal está dado por diferentes tipos de guardapolvos: escolares, industriales, hospitalarios: la técnica del gofrado utilizada por la artista permite sentir, al primer golpe de vista, la soledad, el desuso, la vejez intrínseca de cada guardapolvo. Son ropajes de otra Argentina, en la que los chicos iban al colegio, los operarios trabajaban en las fábricas y los médicos recorrían los hospitales. Un poema de Silvina Ocampo ("Las promesas") se descompone en los paneles, con frases que aluden a voluntades que no pudieron ser cumplidas.

Funes ejerció en su juventud como maestra. Más tarde, casada y ya madre de sus dos hijos menores, vivió en París dos años, becada por la Embajada de Francia, trabajando junto a su marido en trasplantes de riñón. "Volvimos con una mano atrás y otra adelante. Tuve tres hijos más. Y durante once años seguí trabajando en el Hospital de Clínicas."

–Siempre con el guardapolvos puesto, como maestra o bioquímica –le digo. Se queda pensando. Asiente.

–Es cierto. Es que para mí, claro, el guardapolvos es la ropa de trabajo. Es un símbolo del trabajo.

Voluntariamente, hace años, Funes dejó de trabajar. "Fui la señora de la casa. Me dediqué a mis chicos. Pero cuando nació mi hija menor, me operaron de una mama, me dijeron por primera vez, aunque no por última, que podía tener cáncer, y ahí dije basta, voy a empezar a hacer lo que se me venga en gana. Había hecho algo de arte, tengo una hermana pintora, pero nunca me había volcado con tanta pasión, con tanta necesidad a hacer lo mío. Empecé con tapices, con Nora Aslan, y más tarde con cestería: trabajaba con cosas que encontraba en la calle. Me fue muy bien. Después pasé a la escultura, con Enio Iommi, y sentí que eso era lo mío. Me aceptaron en el Salón Nacional. Hice grabados. Y un día, cuando empecé a virar de nuevo, Iommi me dijo: '¿Usted sabe lo que está haciendo?', porque yo ya estaba haciendo, casi sin darme cuenta, arte conceptual. El no me podía acompañar en eso, y entonces seguí sola, a pura intuición. Empecé a trabajar con pizarrones y lápices, hice una instalación y con ella, a los 54 años, hice mi primera muestra individual en el Recoleta. Los pizarrones y los lápices eran objetos muy potentes para mí, porque me obsesionaba la idea de lo que todo el mundo necesita decir. Mostré en el Borges: invitada por Iommi, llevé un lápiz de un metro ochenta. Mis temas eran las mujeres, los sueños..."

Mujeres y sueños: no hay casualidad en el hilván de estas palabras. Por esa época, Funes comenzó a hacer una "terapia de género" con Cristina Rivazzola. Una psicoterapia centrada en su "ser mujer".

–Me hablaron de ella y la busqué y la encontré. Es que yo me enfermaba. Cosas grossas. Las mamas, el útero. Precánceres. Una pesadilla. Necesitaba hablar de mí, de ser una mujer, porque cuando una mujer se enferma como yo me enfermaba, hay algo misterioso que es necesario desentrañar. Yo necesitaba hablar de lo que me pasaba, aunque no supiera exactamente qué quería decir. Y ahí me puse en contacto con otras problemáticas de género, con mujeres que habían sufrido maltrato, y me sirvió conocerlas, y saber que hasta de eso se puede salir. Pero una no puede quedarse en la queja, una no puede quedarse en el grito. Hay que actuar, hay que decir.

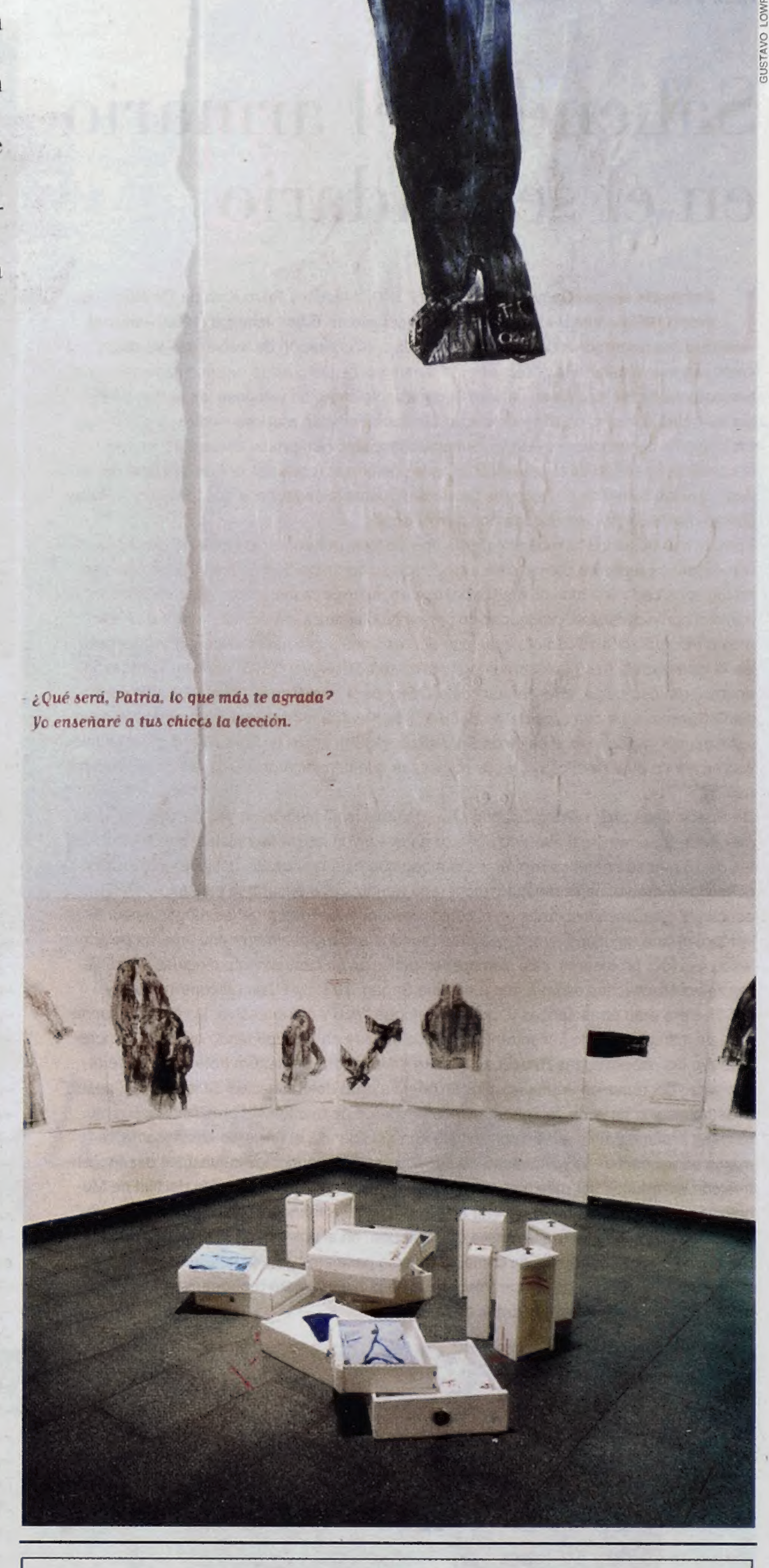
Actuar y decir: tampoco hay casualidad en el hilván de estas palabras. Como paciente, Funes no era pasiva ni muda. Como artista, menos. Hace un tiempo, estaba trabajando con chicos de la calle: "Les compraba máquinas fotográficas descartables, ellos me las traían y yo las mandaba a revelar. Con esas fotos hice una muestra. Después, empecé a trabajar con el tema del envejecimiento. Vi que yo empezaba a envejecer, y que eso no está permitido. Me saqué fotos a mí misma, pero no a mis mejores zonas: el cuello arrugado, los brazos fláccidos, los pies. Hice una muestra en Belgrano, y no entraba nadie. Seguí. Hice grabados. Y de pronto la realidad me empezó a pasar por encima. Vi que mis hijos tramitaban sus pasaportes europeos. Vi la crisis, vi el desempleo. Me pregunté: ¿qué hago yo hablando del envejecimiento si me estoy quedando sin piso? Y de pronto, vi ropa colgada, ropa pobre colgada, y dije: ésta debería ser la bandera argentina. De trapo de piso y de trapo rejilla. Esta es la bandera real. Y empecé a trabajar con esta nueva temática, a la que se sumaron poco después los guardapolvos. La ropa de trabajo en un país sin trabajo".

En mercados de pulgas de Pompeya, Funes encontró guardapolvos fabriles de otros tiempos: de Segba, de Molinos. Guardapolvos escolares. Guardapolvos de médicos. Los entintó, los colocó sobre papel mojado y los pasó por la prensa: de allí salieron estos paneles que ahora se pueden ver en La Carbonería, en la muestra curada por Andrea Juan, y que parecen radiografías de gente ausente.

Funes cuenta que, ahora que ella no se enferma, antes de sus muestras se enferman otros miembros de su familia. Y que, antes de inaugurar sus "Reflexiones argentinas", ella pedía en voz baja: "Por favor, por favor, que no se enferme nadie". Llegó el día de la inauguración, la gente miraba estos guardapolvos en desuso, y todo estaba bien, salvo el atraso del marido de la artista, que dos horas después reunió el coraje para confesarle que acababan de echarlo de la Fundación Favaloro después de diez años al frente del servicio de Nefrología. "Ay, tus muestras, gordita...", dice que le dijo. Y ella le contestó: "Yo no adivino nada. Solamente veo lo que ustedes no se ven venir".



Luján Funes expone en La Carbonería una muestra cuyo eje son guardapolvos en desuso: "Reflexiones argentinas" propone recorrer los iconos del trabajo –escolar, fabril, hospitalario– en un país que ya no tiene promesas para dar. La muestra se articula con el poema de Silvina Ocampo.



GUSTAVO LOWRY

¿Qué será, Patria, lo que más te agrada? Yo enseñaré a tus chicos la lección.

Las promesas

de Silvina Ocampo

"¿Qué será, Patria, lo que más te agrada?
Escúchanos a todos como un hada:
–Porque sos buena te agradeceremos
cuando seamos grandes. ¿Y qué haremos?
–Yo enseñaré a tus chicos la lección
que me enseñaste en cada vacación.
–Yo voy a levantar puentes gigantes:
en la luz brillarán como diamantes.
–Yo seré un médico muy famoso,
un sabio parecido un poco a un oso.
–Yo seré buena, casi siempre buena,
dulce como la miel de tu colmena.
–Pero, ¿ser buena acaso es hacer algo?
–Con bondad haré todo si algo valgo.
–Seremos enfermeras muy amables
y daremos bombones memorables.
–Seré el primer dentista en no usar torno,
no causaré al paciente ese trastorno.
–El torno es divertido. A mí me gusta.
–Siempre te gusta lo que a mí me asusta.
–Yo seré una maestra encantadora,
junto a mí pasará volando la hora.
–Soy entre ustedes el equilibrista,
seré en el circo un célebre pruebista.
-Yo seré un profesor de matemática,
mi sonrisa será muy enigmática.
–Yo seré un astronauta, ya en la cuna
soñaba que viajaba hasta la luna.
–Me amará a mí la gente más sensible
porque seré un poeta incomprensible.
–Ganaré las carreras de automóviles,
me admirarán las personas inmóviles.
–Yo no seré, en el fútbol, un cualquiera,
veré en las gradas gente que me espera.
–Y yo ganaré el premio de belleza,
con un vestido largo de frambuesa.
–Y yo no ganaré pues vale más
el íntimo valer que lo demás.
¿Acaso la humildad es una joya?
Si ganara, sería una tramoya.
–Jugando al gana gana, el gana pierde
será lo mismo para quien recuerde
con una adamantina obstinación:
que nos da esperanza el corazón.

Saliendo del armario en el secundario

La siniestra señora Danvers de *Rebeca* (1940), la sádica Rose Kleb de *De Rusia con amor* (1963) e incluso la matadora del picahielo de *Bajos instintos* (1992) –villanas que concentraban todo el mal, adjudicado a su condición de lesbianas– ya están empezando a resultar anacrónicas frente a muchas de las nuevas representaciones de la homosexualidad femenina en el cine. Seguramente seguirán viéndose las típicas producciones sobre cárceles de mujeres o aquellas que describen efusiones entre chicas con el exclusivo fin de satisfacer cierto voyeurismo masculino (a menudo haciendo hincapié en la conducta desviada de las susodichas, que suelen ser redimidas por un "hombre de verdad", que las convierte en "mujeres de verdad", como sucedía hace décadas con la Pussy Galore de *Goldfinger*, reeducada por James Bond...).

Pero, al menos en los últimos años, este tipo de films portadores de estereotipos trazados con distintos grados de prejuicio ha encontrado su contrapartida en una producción cinematográfica cada vez más diversificada, que en muchos casos acerca a las lesbianas a la pantalla con naturalidad, preocupación por su problemática específica, humor o simplemente incorporándolas como a cualquier otro personaje, sin hacer distingos, sin señalarlas ni idealizarlas. Así, paralelamente al porno-soft *Showgirls* (1995) de Paul Verhoeven, aparecieron comedias refrescantes como *Cama para tres* (Gauzon Maudit, 1995) de Josiane Balasko o *La otra cara del amor* (1997) de Kevin Smith, comedias dramáticas de la industria hollywoodense al estilo de *Sólo ellas...*(1995), amén de varias producciones televisivas, ya en plan de sitcoms, ya de miniseries que denunciaron casos reales de discriminación.

De Suecia llega ahora *Descubriendo el amor*, título local elegido en vez del original –*Maldito Amal*– que remite al aburrido pueblito en que viven las protagonistas, dos adolescentes de 16 que se enamoran entre sí. De modo que esta realización del joven Lukas Moodysson se atreve, con simpatía y moderada franqueza, a encarar la existencia de tendencias y relaciones lesbianas en el colegio secundario, entre mujeres muy jóvenes. En verdad, el cine se ocupó tempranamente (aunque excepcionalmente) de amores de adolescentes (por profesoras, casi siempre) en películas no casualmente dirigidas por mujeres como *Muchachas de uniforme* (Leontine Sagan, 1931) y *Olivia* (Jacqueline Audry, 1950). Pero eran otras épocas y, pese al enfoque lírico y comprensivo, las cosas culminaban trágicamente. Todo lo contrario de lo que sucede en *Descubriendo el amor*, interpretada por las desenvueltas Rebecca Liljeberg y Alexandra Dahlström (foto), en donde el comienzo del romance suena auspicioso por la alegre determinación de las chicas, pese a las burlas y críticas de compañeras y compañeros de mentalidad provinciana. Sin meterse en profundidades, el film sobrevuela con indulgencia el universo adolescente, remarca su necesidad de pertenecer, de ser aceptado y querido, los inevitables desencuentros con los adultos por más bien intencionados que sean. Lo inesperado del film de Moodysson es que, sin dejar de advertir la incidencia del romance lesbiano en diversas zonas de la vida cotidiana (en la familia de cada una, en el colegio, en la sociedad que las rodea), no plantea esta relación como un estadio pasajero hacia la heterosexualidad y tampoco se aprovecha de las características de la historia para regodearse en escenas eróticas al uso de los voyeurs antes citados.



LA RENCOROSA

POR SANDRA RUSSO

–Silvia. Menos mal que te encuentro. No sabés.
–¿Qué te pasa?
–¿Podés creer que el turro de Alberto le compró un auto a la pibita?
–¿A qué pibita?
–A ésa que sale con él. ¡Le compró un auto! ¡Hace dos meses que salen y ya le compró un auto! ¿A vos te parece?
–¿Y vos cómo sabés?
–¡Porque la vio Cristina! ¡La pibita manejando el auto! ¿A vos te parece?
–¿Pero cómo sabés que él se lo regaló?
–¡Pero si ésa no se puede comprar ni las bombachas!
–¿Por qué? ¿De qué trabaja?
–¡Qué sé yo! ¡Lo único que falta es que me ponga a investigar su vida!
–¿Y entonces cómo sabés que no se puede comprar un auto?
–Ay, querida, ¿no viste la facha que tiene?
–No, si nunca la vi. ¿Qué facha tiene?
–Facha de andrajosa, de piojo resucitado, de miga en el mantel.
–¿Y vos cuándo la viste?
–Esa vez que Armando y yo nos cruzamos con Alberto y ella en el maratón de Adidas. Un espárrago. Pero los tipos son así: por veinte años menos agarran cualquier cosa.
–Bueno, che, por ahí es buena chica.
–¿Buena chica y aceptando regalos de un tipo que recién conoce?
–¿Pero qué sabés si recién se conocen? ¿Y qué sabés si el auto se lo regaló Alberto?
–...
–Ey, ¿qué pasa?
–Silvia, ¿vos sabés algo que yo no sé?
–¿Yo? No, ¿por?
–¿Qué es eso de "qué sabés si recién se conocen"?
–Bueno, es una manera de decir.
–Una manera de decir que pueden haber sido amantes antes de que Alberto y yo nos separásemos. Sos jodida, ¿eh?
–Rita, vos y Armando eran amantes desde hace dos años y medio.
–¿Y eso qué tiene que ver?
–Que Alberto no quería separarse. La que quiso separarse fuiste vos.
–¿Y eso qué tiene que ver?
–¡Qué sé yo qué tiene que ver! ¡Dejate de romper los quinotos con Alberto! ¿No era que querías estar con Armando?
–¿Y eso qué tiene que ver?
–Rita, si Alberto le compró el auto, ¿a vos qué te importa?
–¿Cómo qué me importa? ¡A mí nunca me compró un auto! ¡Diez años juntos y el señor jamás me regaló un auto! Lo dejo y a los diez días me lo encuentro con una chica que podría ser su sobrina, ¿cómo qué me importa?
–¿Y con Armando cómo van las cosas?
–Bien, pero te juro que esto a Alberto no se lo perdono.